



ALEX

Maravilla

Y LA HIJA DE SU MEJOR AMIGO

ISABEL CONDE



ÁLEX MARAVILLA

Y la Hija de su Mejor Amigo



Por Isabel Conde

© Isabel Conde 2017.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Isabel Conde.

Primera Edición.

Dedicado a;

Laura, por haberme motivado a escribir.

Belén, por enseñarme lo que es amar.

[Haz click aquí](#)

**para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir
libros gratis**

CAPÍTULO I

Finalmente había llegado el viernes, de los días con más trabajo en la oficina. Me gustaba, porque también era el momento en que podía darme un respiro de tanta gerencia en mi trabajo, pero justamente ese día estaba distraído en otra cosa que no era precisamente la fiesta.

Un par de días antes había tenido una noche de sexo con mucha lujuria y pasión, como las que me gustaba tener, pero esa fue distinta. No estaba seguro de si lo que sentía era ternura o amor, pero sí me embargaba la nostalgia.

A mis 36 años y con una vida llena de experiencias buenas y malas, me sentía confundido porque no podía definir ese sentimiento extra que me estaba nublando la mente. Lo único que podía definir es que la mujer con la que estuve era diferente a todas.

De joven fui una bala perdida. Mi vida era alcohol, motos, sexo, algunas drogas y una decepción para mi familia. Entre resacas y noches de juerga, logré graduarme en administración y dirección de empresas de rebote, solo para que a mi madre no le diese un infarto.

Sin embargo, no fue nada en vano, mi única bala funcionó de maravilla. Y es que me endeudé hasta los huesos para poder fundar “Maravilla”, una empresa de fiestas capaz de conseguirte lo que quieras: strippers, gíbolos, alcohol, barcos, yates, hoteles... nombra lo que quieras y te lo hacemos realidad.

Así, con esfuerzo y manteniendo la línea de la diversión no sé cómo he terminado convirtiéndome en un multimillonario de traje y corbata, con actitud de tiburón en la oficina... Y también en la cama. Todo el mundo sabe de mi reputación, y saben que, si quieren divertirse, soy necesario.

Hasta aquí todo marcha bien, pero lo que me tiene en tres y dos es algo que me sucedió hace poco cuando me invitaron al cumpleaños de Alessa, la hija de mi socio Rubén Vallejo. Aunque al momento me pareció una buena oportunidad para reunirme con Rubén y hablar de nuevos negocios, luego deseé no haber aparecido.

Alessa es la mujer más despampanante que he conocido. Alta, delgada, de piel canela y cabello largo negro hasta la cintura. De el primer momento en que la vi cada fibra de ella, desde sus curvas hasta sus labios me invitaban a hacerla pedazos. Y aun así, cuando abrió la boca, descubrí a la vez cómo podía proyectar inocencia, pero a la vez deseo, obediencia pero insumisión.

El problema era por ser la hija de mi mejor amigo, el hombre con el que fundé “Maravilla”, pero no podía evitarlo. Siempre he sido un depredador, y aquella chiquilla que estaba conociendo y que apenas pasaba los 20 años, iba a ver de qué estaba hecho un hombre de verdad como yo. Así que comenzó mi juego de seducción y en un par de días la metí en mi cama.

Estaba acostumbrado a presas fáciles, que sabían muy lo que les podía dar sin caer en ilusiones de compromiso y en un principio es lo que hubiera querido que pasara con Alessa, pero el que cayó en su propio juego fui yo por subestimar su juventud.

La noche en que esa chiquilla se escapó a mi apartamento fue una locura. Estaba a punto de irme a dormir cuando la tenía en la puerta de la casa. Con una sonrisa enorme y llena de adrenalina.

-Aquí estoy, Álex. Tal como lo prometí-, pronunció mientras me dejaba perplejo por la hazaña que acaba de hacer solo para demostrarme que podía hacer lo que quisiera.

-Pasa adelante, guapa. Arriesgada, me gusta-, le dije mientras la invitaba a pasar y me deleitaba mirándole su cuerpo de puta madre que apenas lo cubría un vestidito negro a través del cual se le marcaba el culo y sus pechos.

-Salí desde temprano y le dije a papá que me quedaría a dormir en casa de mi mejor amiga. Si se entera que estoy aquí nos corta la cabeza-, comentó entre risas.

-De mi parte no se enterará nunca, muñeca. ¿Quieres un trago? En tu cumpleaños me di cuenta que te gusta el vino aquí tengo uno que te encantará-, le dije.

-¡Madre mía, qué observador! Claro que me gusta. Por favor, sírreme una copa-, respondió y entre una y otra nos pusimos más cómodos.

Alessa era una joven encantadora, con la que podías conversar de todo un poco, a pesar de que a veces podía ser un poco torpe, pero a la vez era una inocencia de esa que te hace falta para refrescarte de tanto trabajo y una vida llena de rutinas.

Poco a poco fuimos llegando al tema de las relaciones. Le confesé que a estas alturas de mi vida, me había concentrado tanto en la empresa que había dejado de lado mis relaciones de pareja, pero que no me agobiaba estar solo porque el amor de mi vida llegaría cuando menos lo esperara. Palabras suficientes para convertirme en un desafío, tal cual me lo dijo.

-Y ¿qué tal si yo fuese el amor de tu vida?-, preguntó con picardía.

-Alessa, estás muy joven para enamorarte, ¿no crees?-, respondí.

-Para el amor no hay edad y no le tengo miedo a ello. Me gusta vivir la vida al máximo, aunque tenga sus consecuencias-, agregó.

-Así que quieres ser esa mujer que acabe con mi soltería-, mencioné.

-No sé si la de tu vida, pero sí me gustaría ser tu mujer. Al menos por ahora. Eres como un desafío y también me gusta el peligro-, asestó con seguridad y fue el momento preciso para atacar.

Esta niña estaba buscando lo que yo también. Ya estando tan cerca la tomé delicadamente por el cuello para besarla. Sus labios rojos eran dulces, deliciosos. Besaban muy bien. De inmediato, me puse duro. Era difícil aguantarme ante semejante hembra con actitud arrolladora y nada de mojigaterías.

Entre besos y besos, mis manos fueron palpando sus curvas. Unas nalgas bien trabajadas y una cintura de avispa como para no soltar, mientras que sus pechos chocaban conmigo y por supuesto, no pude evitar rodear hasta abordarlos. En vista de que le gustaba la invité a ver las estrellas.

La conduje hasta mi alcoba y abrí el ventanal. Desde el balcón se aprecia toda la ciudad de Madrid bajo la luz de la luna y un cielo estrellado de admirar. Mientras ella las contemplaba, mis manos nuevamente bordeaban su cintura y su espalda y cuello recibían mis besos.

La lamía, acariciaba con deseo. Mis bajos instintos estaban a flor de piel y si en algún momento Alessa pensó en escapar, ya era demasiado tarde. Me arranqué la piel de cordero y saqué la fiera que soy.

Le subí el vestido para apretarle ese gran culo que se gastaba y hacerle sentir entre sus nalgas mi erección. Así, mis manos quedaron libres para sacarle los senos y apretarle los pezones, en los cuales, tenía perforaciones. Al tocárselos, mi perversidad se aceleró, la voltee para sumergirlos en mi boca.

Con la punta de la lengua recorría sus rosados pezones. Ella jadeaba y decía que estaba mojada, me lo susurraba al oído. Estaba loca del deseo, momento perfecto para meter mis dedos dentro de ella y sentir su calentura, pero apenas intenté quitar sus bragas, me dijo en voz muy baja que era virgen.

La verdad es que no me importó, yo quería estar con ella. Así que nos fuimos a la cama y le pregunté si estaba segura de hacerlo. Me asentó que sí con la cabeza. Busqué un condón en una de las mesas de noche junto a la cama y

comenzó la acción.

Le aseguré que no se arrepentiría de nada. Después de todo, no era la primera y llegué a pensar que tampoco sería la última.

Terminé de desvestirla delicadamente. La llené de besos para que se relajara y se entregara sin miedos al éxtasis. Desde sus labios, fue bajando por su cuello, su pecho, me concentré un rato más en sus senos.

Me enloqueció con esas perforaciones atrevidas, mientras lentamente le acariciaba el sexo para estimularla mejor. Jadeaba y su sangre hervía, al igual que la mía. Cada vez que tocaba, ponía sus manos en mis pectorales o se refugiaba en mi cuello, la calentura aumentaba.

Llegó el momento de bajar hasta su monte de Venus. Apenas estaba cubierto por algunos vellos. La miré directamente a sus ojos marrones y le pedí que se relajara.

Abrí sus piernas, las lleve hasta mis hombros, bajé la cabeza y me deleité en su sexo, que estaba bien mojadito. Sus mieles sabían a ternura. Era tan suave y delicada. La frotaba con la lengua y con un dedo. Comenzó a temblar. Lo sentía por sus piernas.

-Álex, por favor. Hazme tuya ya mismo-, exclamó.

-Te haré pedazos, niña-, pronuncié mientras seguía mirándola fijamente.

-¡Devórame como nunca lo ha hecho nadie!-, insistió.

-Lo haré como para que te vuelvas adicta a mí-, sentenció.

Seguidamente me despojé del pantalón y el bóxer, mostrándole mi verga y se lamió los labios. Me coloqué el condón, me fui encima suyo para besarla y poco a poco me fui metiendo en ella.

Le pedía que se relajara para que disfrutara se la sensación y lo que comenzó como tímidos jadeos se fue convirtiendo en gemidos agudos. Aunque no apliqué demasiada rudeza, me metí hasta sus entrañas. Era una chica fuerte. En cada embestida que le daba se refugiaba en mi piel. Clavaba sus uñas en mi espalda o brazos, lo que me hacía excitar más junto con su rico aroma.

Sudábamos a pesar del frío de la noche que se colaba por el ventanal. Nuestros cuerpos unidos eran la llama de pasión, que luego nos hizo estallar a ambos al mismo tiempo. Ver cómo se estremecía y gritaba de placer mientras se corría, me hizo venirme en conjunto. Qué rico fue follar con Alessa.

Al terminar quedamos enrollados entre las sábanas. Mirarle su cara de satisfacción me hacía sentir bien. Tenía tiempo sin quitarle la pureza a una chica, o no a mi edad. Ya me había acostumbrado a las de recorrido, o incluso más maduras. Pero definitivamente, esta niña era toda una mujer. Me volvió loco.

Aunque me hubiese gustado amanecer con ella, su decisión fue volver con su amiga para despejar dudas con su padre y en realidad era mejor idea. Además, no me gustaba dormir con mujeres de una noche y no pretendía cambiar la tradición, pero entonces, luego de que se marchase, no dejé de oler las sábanas impregnadas a ella. ¡Qué manera de hacerme sentir!

Antes de dormir me aseguré de que estuviera bien y quedamos en hablar al día siguiente, cuando ella se comunicara conmigo. A diferencia de otras, que esperan a que sea yo el que devuelva la llamada, cosa que poco hago. Como ya dije antes, no estaba para comprometerme.

La verdad es que esperaba despertar con un mensaje suyo. Sé que cuando pierden la virginidad quedan un poco sensibles e ilusionadas, así que no sería un patán con ella, pero por el contrario, los mensajes que tenía en el móvil eran sobre la empresa, de Rubén, el padre de mi comida de la noche anterior y de la que me había llevado a la cama hacía un mes atrás y ni me acordaba.

A pesar de que era lunes, ese día me levanté con ánimos. Hasta mi ama de llaves, una señora de 75 años que era como mi madre y me conocía muy bien lo notó.

-¡Querido, pero qué madrugador estás hoy! Y eso que es lunes. ¿A qué se debe tanta energía este día?-, preguntó doña Angélica.

-Nada nuevo, doña Angélica. A veces a uno le devuelven los ánimos y hay que aprovecharlos-, le mencioné mientras me acomodaba en la mesa para desayunar.

-Y es que no solo tienes buenos ánimos, te veo un brillo en la cara que no te veía desde hace rato-, agregó la ama de llaves.

-Ya exageras, Angélica. Ahora ve y siéntate a comer conmigo-, le pedí. No quería estar solo.

-Con gusto, mi niño-, aceptó doña Angélica.

En la oficina no tuve descanso ese día. Había un montón de contratos por hacer y firmar. Parece que medio Madrid se antojó de planificar sus fiestas en menos de una semana.

Era lunes y querían magnos eventos con papelillos brillantes extraídos de la India hasta caviar de peces peligro de extinción. Lo más extravagante y difícil de

conseguir que se les pasó por la mente, mientras que en la mía solo estaba la noche anterior y la cara con la que ahora miraría a Rubén.

No es que no supiera ser cínico, pero era Rubén. Alguien a quien le debía mucho y no quería defraudar, pero ya estaba metido hasta los tuétanos. Solo me quedaba mantener el secreto oculto hasta la tumba y evitar a toda costa estar cerca nuevamente de Alessa.

Ay, Alessa. Pasé todo el puto día esperando que apareciera, pero no lo hizo. Y no sé por qué yo no me atrevía. Así corrió la semana hasta ese viernes. Bendito viernes.

No sabía nada suyo desde la vez que follamos y por algo me preocupaba. Quería hablar con ella. Saber cómo estaba, cómo se sentía de haber experimentado las relaciones sexuales por primera vez. De hecho, llegué a pensar que quizás no se sentía a gusto, pero lo que sí era seguro es que me tenía ansioso. Entonces llamé.

-¡Hola, Álex!-, respondió de inmediato.

-¡Hola, Alessa! ¿Cómo estás? Me quedé esperando tu llamada-, le dije.

-Ay, no. Disculpa, es que he estado muy ocupada. Estoy fuera de Madrid en un desfile de modas y no he tenido tiempo de nada, pero mañana regreso. Si quieres nos vemos-, me explicó la condenada chiquilla que me tenía intrigado hasta el fondo, joder.

-No te preocupes, sólo era para saber de ti y cómo te sentías después de aquella noche-, contesté.

-Pues, bien. Muy bien, la verdad. Pero ahora debo colgar. Tengo una reunión. Ahora sí te llamo luego, ¿vale?-, aseguró nuevamente.

-Está bien. No hay problemas-, fue lo último que le dije.

Mientras colgaba, Rubén iba entrando a la oficina para informarme que en 10 minutos tendríamos una reunión en la sala de juntas. Se trataba de un nuevo contrato que tendríamos fuera de la ciudad. Nuestros servicios tenían buena reputación tanto en Madrid como en toda España y en época de verano, el trabajo no paraba, pues, “Maravilla” se encargaba de dar las mejores fiestas.

Enseguida me dirigí a la sala de juntas en compañía de Estela, mi asistente, para que se encargara de anotar todos los pormenores. Ya Rubén me había adelantado que se trataba de un proyecto ambicioso y prometedor. Por ende, no quería perder un solo detalle.

Pero tengo que hablar un poco de Estela. Estela Martínez. Es una chica de 28

años, rubia, muy guapa, inteligente y corta de estatura, pero no de ideas... Al menos no en la cama.

Tuvimos un par de encuentros placenteros en la oficina durante dos años, pero todo terminó cuando se enamoró de quien ahora es su novio. A veces flirteábamos, pero cuando de trabajo se trataba, el profesionalismo ponderaba y no caía en tentaciones. Eso me hacía confiar mucho en ella como para que fuera mi mano derecha en la oficina.

La reunión solo duró una hora, pues, mi socio estaba completamente dispuesto a quedarse con la oferta de realizar la *after party* de un desfile de modas en el que participaría su hija en un par de semanas en Barcelona.

Aunque me hubiese gustado evitarlo, para no meterme en mayores problemas, terminé aceptando la propuesta a todo riesgo. Pues, además de la organización de la fiesta, seríamos anunciantes del evento y como Rubén no era el más amante de la juerga, no asistiría, así que el más indicado era yo, me recordó. Tentación para mí con su hijita. No sabía el boleto de pase libre que me acababa de dar.

Sí, por una parte no quería tanto riesgo, pero por otra, quería divertirme a toda costa. Tanto trabajo para mi cuerpo solo podía despojarlo con una buena rumba, alcohol y sexo.

Después de la reunión me fui de la oficina. Era viernes y quería olvidarme un poco de la rutina, pero justo antes de bajar del edificio, Alessa me repicó al móvil.

-¡Hola Álex! Soy yo de nuevo. Es para avisarte que apenas colgué en la mañana, tomé un vuelo de regreso a Madrid. ¿Salimos esta noche?-, me tentó esta niña.

-¡Oye, pero calma! ¿Por qué hablas tan rápido, tía?-, le pregunté con carcajadas. Parecía que no podía perder tiempo.

-Es que papá está cerca de mí y pues, recuerda que no puede descubrirnos-, exclamó.

-Créeme que lo sé más que tú, pero está bien. Veámonos hoy. Te puedo llevar a un lugar encantador-, le propuse.

-Me parece buena idea. Diré que voy a casa de mi mejor amiga nuevamente y me recoges allí, ¿vale?-, agregó.

-Vale. Nos vemos a las 9:00-, respondí.

Pero a todas estas, Estela había estado detrás durante toda la conversación y no

evitó confrontarme.

-¡Caramba, pero no dejas escapar un solo viernes, eh!-, asestó.

-Pues, ya sabes cómo soy guapa-, le recordé guiñándole un ojo. - ¿Alguien viene a por ti o quieres que te deje en algún lado?-, le pregunté.

-No, pensaba coger un taxi, pero está bien, déjame en mi casa, si puedes- me dijo.

-Vale, no tengo apuros-, respondí y bajamos.

Ya en camino por la carretera, Estela se puso un poco más incisiva. Le causaba curiosidad encontrarme hablando casi que a escondidas en mi propia oficina y precisamente, con una mujer. Ella sabía perfectamente que no ocultaba mi vida privada. De hecho, no la tenía. Mi reputación era la del empresario que sabía divertirse muy bien y no se perdía una sola fiesta.

Sin embargo, no solté nada que le diera a más qué pensar. Solo le dije que se trataba de una vieja amiga que estaba de regreso en la ciudad y la había invitado a comer. Cosa que se creyó y de inmediato le cambié el tema hasta que la dejé sana y salva en su hogar.

Luego me fui al mío. Pero antes le avisé a Angélica para que me prepararan un buen baño relajante. Quería recargar todas las baterías para el encuentro de esa noche. Alessa es una de esas mujeres que requiere de un hombre vigoroso que aguante todas las revoluciones por minuto que genera.

Se hizo la hora de partir y finalmente la recogí en casa de su amiga para llevarla a una de las mejores discotecas y más prestigiosas de la ciudad donde tenía membresía VIP y que jovencitas como ella se morían por asistir.

Pero para mi sorpresa, Alessa la conocía a la perfección. Me confesó haberse escapado en varias oportunidades los fines de semana con sus otras amiguitas adineradas y populares. Me contaba varias de sus anécdotas para divertirse sin límites y no meterse en problemas con sus padres.

Mientras tanto, yo solo contemplaba su escote hasta el ombligo. El vestido color piel entallado que llevaba puesto no solo marcaba sus prominentes curvas, sino que dejaba al aire sus pechos.

Apenas eran medio cubiertos con un pedazo de la tela, pero la claridad y el contraste con su propia piel permitían que viera un poco más allá... Esos pezones perforados que me traen loco y quería estimular una vez más.

Pero esa fantasía tuve que dejarla a un lado unos instantes, porque apenas llegar

al local se emocionó. Gritó a los cuatro vientos que era de sus discos favoritas sin importar que el resto de la gente que estaba haciendo cola para entrar la mirara con fastidio, como si fuera una niña tonta, lo cual me causó un poco de gracia y hasta ternura.

La verdad es que le gustaba mucho la música, la gente, el ambiente en general, pero no se imaginaba lo bien que la pasaríamos en la reservación que le tenía.

Llegar conmigo fue como para demostrarle a sus amigas que estaba saliendo con el mejor prospecto, mientras yo me sentía como un viejo verde y al mismo tiempo afortunado, pero la verdad es que debía pavonearme menos, antes de que algún conocido nos dejara en evidencia y ocurriera lo que yo no quería.

Así que la tomé del brazo y disimuladamente la saqué del grupo haciéndole creer que ya nos esperaban en la zona VIP.

-Oye, ¿por qué no me permitiste quedarme más tiempo con las chicas? Quería estar con ellas más tiempo-, preguntó un poco molesta apenas nos acomodamos en nuestra reservación.

-Pues, nos esperaban aquí. Pero no te preocupes, puedes invitarlas. Yo les autorizo la entrada-, respondí.

-Pero yo quería estar allá. ¿Acaso no te agradan?... O ¿qué temes?-, cuestionó nuevamente la chiquilla, sin un pelo de tonta.

-Tus amigas me agradan, pero no es recomendable que nos estemos exponiendo demasiado, ¿no crees?-, asesté.

-Lo sé, pero creo que te estás complicando demasiado. Ellas no le irían a decir a mi padre que estoy saliendo contigo y si tanto te preocupa, mejor no lo hagamos. ¿Te parece?-, soltó sin pensarlo.

-No, no, no. No te preocupes. No es eso, solo quería evitarte problemas, pero descuida. En un rato vamos a por ellas. Mientras, divirtámonos nosotros-, le dije y le ofrecí un trago. Pues, no quería perder los puntos ganados. La idea era llevármela de nuevo a la cama esa misma noche.

La traté como a una reina. Pedí la mejor atención para ella, así que todo lo que pidiera tenía que ser concedido y para ello, también era un experto. No por nada tenía tanta experiencia en fiestas y diversión.

“Me gustas más cuando eres divertido y no te escondes de mi papi”, me susurraba al oído, provocando que la sangre que bombeaba con más fuerza hacia mi miembro... ¡Vaya qué tía que se apoderaba de mi sentidos de la manera más

fácil!

Bailamos, fumamos, nos besamos y hasta me permitió ir un poco más allá, hasta que ella misma me pidió que nos fuéramos. Quería ir a mi casa porque se sentía cansada, me dijo como excusa. Para mí fue perfecto.

Ya quería tener su enorme culo entre mis narices. Mi cuerpo pedía el suyo a gritos y como pude, la saqué lo más rápido que pude en medio de la multitud. “Vamos, que no nos importe nadie. Vámonos lejos de aquí. Vamos a follar”, gritaba sin prejuicios. ¡Qué risa verla tan desinhibida! Pero más que eso, me encantaba cada vez un poco más.

CAPÍTULO II

Esa madrugada se convirtió en una con el mejor sexo salvaje que alguna vez he podido tener. Alessa estaba hecha toda una fiera. Estaba deseosa de pecado y sin una pizca de dudas.

-Desnúdame lentamente con tu boca, así como lo haces con la mirada. Quiero ver qué tanta paciencia tienes ante la idea de tenerme desnuda entre tus brazos-, dijo apenas entramos a mi habitación.

-Tus deseos son órdenes, guapa-, le respondí mirándola con ojos de deseo. No se equivocaba al afirmar que la miraba con ganas de devorarla.

-Hazme sentir como la más mujer de todas, porque sé que aunque has tenido muchas, yo soy la mejor. Lo sé- seguía mencionando. El alcohol la había puesto bastante sincera. Yo lo disfrutaba.

-Me encantas cuando te sientes tan segura de ti misma, niña. Me encantas.-, le aseguré y me fui encima de ella.

Comencé por sus carnosos labios rojos. Unas mordiditas que la hacían jadear y apretarme hasta quitarme de ellos bruscamente. Nos miramos, aunque ella con molestia por los mordiscos, no se resistió a regresar a los besos, entonces metí mis manos debajo de sus escote para sacarle el vestido y dejar sus pechos completamente al aire.

Acaricié sus pezones, contemplando sus perforaciones. Ella se excitaba más y no fue necesario guiarla demasiado. Enseguida agarró y apretó mi virilidad, poniéndome más duro de lo que ya estaba.

Comencé a besarle el cuello, bajé hasta el medio de sus senos y me concentré allí un rato, hasta que sus pezones estaban tan duros que no aguanté más y los llevé a mi boca para succionarlos para hacerla jadear un poco más.

Me tomaba del cabello y marcaba el ritmo. Hacía que fuera bajando más para terminar de sacarle el vestido. No llevaba ropa interior y su sexo mojado indicaba el siguiente punto de concentración.

La senté al borde de la cama, levanté sus piernas para besarla y sacarle los zapatos. Que pies tan hermosos, pequeños y delicados tenía. Antes de ir al sexo oral, me decanté por besarle los pies, lamerlos suavemente y chupar sus dedos.

“Ohhh, qué rico es eso, ¡madre mía!”, exclamó y se mordió los labios, lo cual me hacía enloquecer. Así que fui subiendo de sus pies hasta los muslos. Le daba

besos y unos cuponcitos que la hicieron empaparse, perfecto para lubricación. Me gustaba cómo sabía.

Era como un dulce néctar que estaba dispuesto a probar siempre. Alessa gritaba de placer mientras se apretaba los pechos. La volteé y ahora sí metí mis narices entre su culo para lamerla completa. Cuando la sentí a punto de correrse me desvestí de inmediato para embestirla en esa posición.

Me miraba desde su inclinación y sus ojos me pedían más, entonces llegó el momento de probar con un par de nalgadas. Aunque gritó, aseguró que le gustaba, así que probé con otras dos más un poco más fuerte y comenzó a jadear. Quería hacerla pedazos, dejarla temblando y cansada.

Me salí suyo y entonces me senté al borde de la cama. Allí la metí encima de frente hacia a mí, ayudándola a subir y bajar. Primero lento, para que se familiarizara con la posición, y luego más rápido hasta dejarla moverse a su antojo y cómo lo hacía tan bien, la condenada.

Se dejaba llevar por la pasión cuando de pronto se corrió encima de mí, dejando toda su humedad y lujuria resumida en unos delicados jadeos en mis oídos, los cuales me hicieron correrme enseguida.

Sin embargo, no sería todo. Después de dos polvos más terminamos bañándonos juntos y listos para dormir. No sin antes tener un momento tierno. Es que Alessa es una combinación tan letal, que sabía que acabaría conmigo en cualquier oportunidad.

Es una mujer, sin dudas, pero no pierde ese toque de niña inocente, ingenua, divertida, que hasta entonces era imposible mandarla a casa luego de follar. Provocaba pedirle que se quedara todo lo que quisiera, pero afortunadamente, esa noche no fue necesario pedirle nada. Ella misma decidió quedarse hasta el otro día para luego irse a casa de Valentina, su mejor amiga y quien se convertiría en nuestra cómplice número uno.

Después de esa noche quedé mal. Lo que creía como solo un juego se estaba convirtiendo en algo complicado. Definitivamente Alessa me traía mal. Quería salir seriamente con ella, conocerla mejor.

Estaba teniendo sentimientos que no tenía desde que era un chaval y me enamoré de Gabriela. Mi primera relación sería, con quien duré unos dos años mientras estuve en la universidad, pero como ya dije, estaba de fiesta en fiesta, borrachera en borrachera y aunque la quise de verdad, no supe valorarla.

Un día, sin esperármelo, Gabriela no apareció más. Se cansó de mi estilo de

vida, de no ser una prioridad y hasta ese momento no me di cuenta que la quería, pero ya era tarde. Apenas llamó unos meses luego para decirme que la vez que intentó hablar conmigo para romper, estaba inconsciente en casa con una borrachera, así que decidió no buscarme más nunca.

Fue la primera vez que sentí que alguien me importaba. Luego de eso no me quedó más que seguir adelante y enfocarme en terminar la carrera y quizás conseguir a alguien que se adaptara a mi ritmo; sin embargo, esas que están dispuestas, no han logrado más que despertar mis instintos carnales por unas noches.

Ya estaba casi resignado a ser un soltero divertido de por vida. Con 36 años, casi 37, mis aspiraciones a tener algo más estable eran pocas, aunque tampoco era algo que me preocupara demasiado.

La diferencia es que ahora esta chiquilla ha roto con todo pronóstico y de momento, no sé qué pensar. Podría ser una sensación pasajera, quizás. O tal vez no. Pero estaría poniendo en riesgo más que la estabilidad de mis negocios. La amistad y confianza de mi socio, y hasta el corazón de una chica que apenas está comenzando a conocer este mundo.

Entre tanta pensadera, me di cuenta que era sábado al mediodía y debía estar al tanto de la agenda del día, pero estaba bastante cansado todavía, así que llamé a mi asistente para que verificara.

Estela era la mejor en ello, además, no tenía tanta presión. Rubén se había ido a Barcelona para adelantarse con los detalles de la gran fiesta que daríamos exactamente en una semana, que de hecho, yo me instalaría allá en unos días. Precisamente recibí una llamada de su parte donde me lo confirmó.

-¡Buenas tardes, querido socio! Me contaron que te fuiste ayer de fiesta. No me impresiona. Lamento despertarte a estas horas, sé que es sábado, pero quería informarte que aquí en Barcelona las cosas marchan de lujo y me gustaría que llegaras el miércoles para que los preparativos terminen de darse a la perfección-, me comunicó Rubén emocionado. Rara vez lo escuchaba con ese tono.

-¡Madre mía! Qué buen humor se te escucha. Me parece perfecto. Solo tengo que dejar a cargo a Estela y todo de maravilla. Por cierto, no estaba durmiendo, no soy tan flojo, eh-, respondí con la misma camaradería.

-Oye, Álex. Te quería pedir un favor. Si no es mucha molestia, ¿podrías acompañar a mi hija en el vuelo hasta aquí? Es Alessa, ¿la recuerdas?-, preguntó.

-¡Pero por supuesto, tío! Claro que la recuerdo. Claro que la acompaño. Tú por

eso no te preocupes-, acepté con todo el gusto, ¿y cómo no? Si no me cansaba de gozármela y esa sería otra oportunidad más.

-Sabía que no te negarías. Es que no quiero descuidarla tanto, ya sabes que es mi hija menor y pues, la cuido bastante. Además, ella me pidió que buscara un acompañante, y ¿quién mejor que tú? Mi mano derecha-, exclamó Rubén confiando plenamente en mí. La peor bestia para su hija.

-Vale, lo haré con gusto, no te preocupes. Tú espéranos tranquilo-, le aseguré, mientras imaginaba en todo lo que le haría antes y durante... Después, no era seguro e igual quería disfrutarla lo más que pudiera.

Pero me quedó una duda, ¿quién rayos le dijo a Rubén que un día antes me había ido de fiesta? Y ¿qué tanto le habrían dicho? Por lo visto no le contaron con quién estaba, pero lo seguro es que alguien conocido me vio... Con Alessa.

No le di más vueltas al asunto y salí un rato a tomarme unos tragos, solo, como me gustaba. Pero me urgía dejar mi agenda lista antes de marcharme a Barcelona, entonces invité a Estela, quien aceptó con gusto.

Rápidamente organizamos todas las tareas para casi la semana en que estaría ausente y compartimos un buen rato. La sentía un tanto incómoda, como si quisiera decirme algo más, así que con toda confianza la encaré.

-A ver, Estela. Estás algo impaciente y nerviosa. ¿No quieres estar aquí o qué te pasa?-, le pregunté.

-Ay, Álex, claro que quiero estar aquí. Me agrada mucho este lugar. Solo que...-, pensaba sin terminar de dar una respuesta.

-Vamos, dime sin miedos. Yo sé que es algo importante-, le dije para ayudarla a hablar.

-Bueno, Álex. Es que te conozco bien. Sé que andas en algo con la hija del jefe y pues, quería advertirte de algo-, me dijo.

-A ver, Estela. No sé de dónde sacas eso, pero si tienes algo que decir al respecto, hazlo sin rodeos. Ya sabes que no me gustan-, asesté con algo de molestia.

-Esa niña ha estado llamando y preguntando por ti en la empresa. O al menos conmigo ha hablado al respecto, no sé si lo ha hecho con alguien más. Solo sé que es un poco problemática. El mismo Rubén me lo ha dicho, que es su “dolor de cabeza” y su “niña consentida”, así que ten mucho cuidado-, reveló.

-Ay, Estela. Despreocúpate. Seguramente la cautivé en su cumpleaños y pues,

quiere saber más de mí, pero ya sabes que no me enredo con mujeres problemáticas, o al menos las mando a volar de inmediato-, le dije con mucho descaro, pero no podía darle pie a que se enterara de todo. No quería sus regaños de madre o ex-amante celosa. Sabía en lo que estaba metido.

-Álex, te conozco muy bien. Solo te advierto que tengas cuidado. Además, ya Rubén me dijo que se iban juntos al evento en Barcelona- agregó.

-Ya relájate y sigamos tomando, ¿vale?-, le respondí para distraerla, mientras le serví unas copas más.

Al final, terminamos pasados de tragos en mi coche, donde Estela me confesó además, que todavía me seguía teniendo ganas. Y sin pensarlo demasiado se me abalanzó para besarme. No me negué en ningún momento, después de todo, era muy buena amante. Solo que le había perdido el gusto.

Unas cuantas manoseadas, mis dedos dentro de ella, felación y una rápida corrida. Lo que necesitaba antes de irme a casa. Esa noche me fui a dormir temprano, como cosa rara.

Apenas metiéndome a la cama me di cuenta de que tenía varios mensajes de WhatsApp. Eran de Alessa, me había respondido otros que yo le había enviado desde temprano.

Alessa: ¡Hola, guapo! Claro que estoy bien. Me quedé con Valeria y la hemos pasado rico todo el día.

Ahora mismo nos vamos a casa de unos amigos a una piscina nocturna. ¿Tú cómo vas?

Álex: ¡De lujo, nena! Voy llegando a casa. Estaba reunido con mi asistente para organizar esta semana que nos vamos de viaje.

Alessa: Le pedí a mi padre que te dijera para que viajaras conmigo. Quiero estar contigo, ¿sabes?

Álex: ¿Sí? Me parece arriesgado, y me encanta. También quiero estar contigo y devorarte.

Alessa: Haremos de las nuestras, baby.

Ahora te dejo. Me visto para partir. Te envió una foto.

Alessa es de armas tomar. Aprovechó el momento para enviarme un par de fotos candentes. Desnuda, mostrando todo su escultural cuerpo en poses provocadoras. Enseguida me pusieron duro, pero interrumpieron mis ganas. Doña Angélica me

tocó a la puerta para traerme cena. No se la había pedido, pero ella es toda una madre que se preocupa por mí y todo lo que hago.

En los siguientes días el contacto con Alessa fue disminuyendo. De pronto no respondía mis mensajes, mis llamadas o siempre estaba ocupada en algo, pero no me daba mayores detalles.

Tampoco se los exigía, pero la verdad es que notaba un desinterés un tanto extraño. Sin embargo, no me preocupé demasiado. También tenía mis ocupaciones, además, lo mejor era mantenerme alejado. Aunque no pretendía desaprovechar la oportunidad que tenía el miércoles.

A todas estas, Estela me anunció que estaba dispuesta a unirse al viaje si lo necesitaba. Eso me tomó por sorpresa, porque se suponía que quedaría encargada de la empresa durante mi ausencia y la de Rubén. Y a decir verdad, me urgía que se quedara. Por ser verano la demanda era impresionante y he aprendido que en esta vida no se puede descuidar lo que uno quiere.

En unos segundos que tuve luego de unas cuantas llamadas por parte de clientes, revisé el WhatsApp y tenía respuesta de Alessa, luego de haberla tratado de contactar el resto del fin de semana. Un simple “Hola” era lo que reflejaba el mensaje. Lo que noté diferente fue foto de perfil.

Ya no era ella posando divinamente en bañador, sino acompañada de un tipejo, muy bien abrazados. Supuse que podría ser su novio o una nueva conquista. Después de todo no era tan inocente como me había dicho Estela y pues, yo también lo supuse desde la primera vez que crucé mirada con ella.

Yo solo le seguí la corriente para recordarle que al siguiente día pasaría a recogerla a primera hora de la mañana para irnos al aeropuerto. El vuelo estaba pautado para las 10 de la mañana.

Ella muy tranquila respondió que no habría problemas y que si por casualidad se lo perdía tomaría otro con sus amigos, que los acaba de invitar. Fue un tanto desafiante y sin embargo, no le di demasiada importancia, pero entonces a ella sí le molestó mi indiferencia, fingida, por cierto.

Alessa: ¿Sabes? Mejor me voy con un amigo aparte.

Álex: Está bien. Avísale a tu padre.

Alessa: Entonces ya sabes que no tendremos ningún encuentro, ¿no?

Álex: Supongo. No pienso interrumpirte con tus amigos.

Alessa: ¿Será que ya no quieres?

Álex: De querer, quiero, nena. Pero no quiero entrometerme en nada.

Alessa: Bueno, ya veremos.

Álex: Ok.

Fue lo último que hablamos ese día. Esperaba que luego me confirmara que se iría aparte o de hecho, una llamada de Rubén para anunciármelo, pero nada. Igual llegué a pensar que era alguna patraña suya. Una niñada. Por alguna razón estaba actuando extraña.

De lo que no me había percatado hasta entonces era que se estaban cambiando un poco los planes, que al final eran de trabajo. Estela quería ir y Alessa pretendía llevarse a un grupo de gente, pero mientras mi socio no me ordenara nada distinto, el plan seguía siendo el mismo.

Aunque a Estela definitivamente le dije que no. Se estaba mostrando algo insistente y prefería mantenerla alejada lo más que pudiera. Eso de que todavía me tenía ganas no me estaba gustando. Claro que podía estar con ella, siempre y cuando entendiera que solo era sexo, pero sé que tenía otras intenciones. Celos, quizás.

Al fin, me sentía un poco más tranquilo. La verdad es que quería disfrutar el viaje. Me hacía falta salir un rato de la oficina, pero me molestaba un poco saber que no se daría lo que esperaba. Otro encuentro con Alessa. O eso creía hasta que me llamó. Justo antes de quedarme dormido.

Definitivamente, se iría conmigo. Sus amigos lo harían aparte, así que ya no sería problema alguno estar un rato a solas con ella. También estaba más receptiva. Me confesó que había estado molesta porque Estela le dijo que iría y pues, no se la llevan muy bien por lo visto.

Es que sabía que Estela había metido sus narices en donde no la estaba llamando. Eso era lo complicado, o la parte de ella que detestaba. Es una mujer controladora y que busca que todo se dé como ella quiera. Y por supuesto, era una manera de intentar mantenerme alejado del santo pecado que ya había cometido hasta el fondo. No tenía salvación.

Al otro día pasé recogiendo a Alessa tal y a la hora en que habíamos quedado para que mi chofer nos dejara en el aeropuerto. No es que la echara de menos, pero apenas verla se me iluminaron los ojos. Claro, cómo podía dejar de admirar a semejante monumento de mujer.

Cuerpo de escándalo, esbelta, siempre bien vestida. Elegante y sexy a la vez. A pesar de que en esa ocasión llevaba puesta ropa deportiva, no podía dejar de

mirarle el culo que se gasta. Esa melena negra que golpeaba su cintura cada vez que se movía y esos labios gruesos que besaban tan bien me volvían como loco. ¡Qué mujer!

Ni hablar de sus coqueteos. Esta niña sí que le fascinaba ponerme duro en cualquier momento. Lo hacía a propósito.

-¡Hola, amorcito!-, dijo apenas embarcarse, seguido de un beso que me plantó en la boca.

-¡Hola guapa!-, respondí mientras no aguanté en agarrarle una nalga.

-Nos divertiremos mucho este fin de semana. Me encargaré de eso-, agregó Alessa.

-¿Diversión? Esa es mi mayor cualidad, nena. Desde hoy lo sabrás y no se te olvidará jamás-, le dije.

-¿Ya no te esconderás de mi padre?-, preguntó sin pensarlo.

-Bueno, eso todavía no es tan fácil. Debemos cuidarnos de Rubén. No quiero que nos metamos en un problema-, le expliqué.

-Eso es lo único que te importa. Que mi padre se entere. No te importa si me gustas, si me traes loca. Ni te importa lo que tú quieras-, exclamó mientras trataba de besarme y al mismo tiempo de estar lo más lejos posible. Se molestó con lo que le dije.

-Mira, Alessa. Sé que te molesta la situación, pero por ahora debe ser así-, insistí, sin cortarla a secas para que no me mandara al diablo de una vez. La creía capaz y pues, me gustaba mucho. Quería hacerla mía un par de veces más.

-Sabes que yo quiero todo contigo, ¿verdad?-, confesó y enseguida se me abalanzó para besarme y por supuesto que le seguí el juego. – Tú me traes loca. Me gusta que seas un hombre hecho y derecho, maduro, que no anda con tonterías de niño. Que me sabe hacer sentir mujer. Me gusta tu cuerpo de puta madre, tus tatuajes, tu olor, esa barbita que te hace ver tan sexy y ni hablar de tus besos, Álex... Hazme tuya aquí mismo-, insistía la mujer.

-Por favor, ya llegamos. Apenas pisemos Barcelona haremos todo lo que quieras, pero no me pongas así cuando ya debemos salir del coche. Me vas a matar mujer-, le dije y ella se ahogó de la risa.

-Me gusta jugar así contigo, nene-, pronunció y se bajó del coche. Por fortuna el chofer la salvó de follármela sin piedad en la parte trasera del coche.

Mientras caminábamos juntos hasta la sala de espera para abordar iba pensando en todo lo que me fascinaba, sus juegos de seducción. Me parecía tan diferente que me confundía, si solo quería sexo o algo más.

Me perturbaba esa sensación, porque no quería caer en una red y terminar enamorado de esta niña. Me resistía a eso. Imaginaba que estar con ella en una relación sería como una montaña rusa. Emocionante pero con peligro. Buena combinación, pero no estaba seguro de nada.

Finalmente abordamos y apenas nos acomodamos, Alessa cayó en sueño profundo hasta pisar tierra firme de nuevo. De camino al hotel donde nos hospedamos me contó que había estado de juerga durante todos esos días que Rubén estuvo ausente, pues su madre se creía todas sus mentiras y pudo hacer de las suyas.

Así también me explicó que entre quienes irían a verla desfilando estaría su exnovio, el chico que estaba junto a ella en la foto de perfil de su WhatsApp. Jorge es su nombre.

-Como verás, Jorge es un chaval muy divertido. Ya no somos nada, pero teníamos tiempo sin vernos hasta en estos días y pues, como no soy rencorosa, acepté ir a bailar con él el domingo por la noche. Pero más nada, no tengo nada con él-, relató en el camino.

-Oye, pero no tienes por qué darme explicaciones. Tú eres libre de hacer con tu vida lo que quieras, descuida-, le respondí.

-Lo sé, pero sentí la necesidad de hacerlo, para que no pienses que ando con uno y con otro, ¿vale?-, agregó.

-Vale, me parece bien, pero recuerda que no soy quién para juzgarte-, le dije.

-Todavía no, pero ya verás-, me advirtió, sonrió y justo llegamos al hotel.

Rubén nos esperaba con los brazos abiertos y emocionado. Al parecer, todo marchaba de lujo con la *after party* que Maravilla estaba organizando. También el evento en el que modelaría Alessa.

Entre la bienvenida al hotel y las buenas nuevas se hizo la hora de comer y los tres fuimos hasta el restaurante, donde pasamos un rato ameno. Pero luego de eso, cada quien estaría en su habitación y yo, como hombre de negocios tenía que hacer mi trabajo.

Por ese día no vi más a Alessa, apenas nos comunicamos por mensajes. Ni por la noche, porque ella prefirió descansar, mientras yo aproveché para tomarme unos

tragos con mi socio y ponernos al día con los trabajos de la empresa.

Los siguientes días pasaron volando. Tuvimos tanto trabajo que de pronto ya era viernes, el primer día de eventos, aunque el principal sería el sábado y luego la bendita *after party*, donde podría compartir con Alessa.

Antes, estuvo siempre apartada, ensayando y preparándose para el desfile. Sin embargo, después de la presentación oficial del desfile, compartimos un rato, pero siempre disimulando delante de su padre.

Finalmente, el sábado, desde muy temprano Rubén y yo estuvimos al pendiente de todo lo que nos correspondía. La maquinaria de Maravilla estaba en pleno y nosotros dando la cara para que saliera a la perfección para aguardar nuestro prestigio.

En una pausa que tuve en una comida aproveché para contactar a Alessa.

Álex: Nos vemos esta noche, niña.

Alessa: Seguro que sí, guapo. Apenas termine el desfile nos vemos en la *after party*.

Álex: Así será. Procura no llevar nada debajo del vestido.

Alessa: Eso no será problema, amorcito.

Álex: Besos.

Me quedé dormido un rato en mi alcoba y al despertar, ya eran casi las 7 de la noche. Debía alistarme para asistir a la alfombra roja, aunque daba todo por no tener que pasar por ella.

No me gustaban mucho las cámaras y los flashes, pero tuve que hacerlo en representación de la empresa, porque Rubén había decidido reunirse con otros clientes de un evento también prestigioso para lograr un contrato exclusivo. Nos interesaba expandirnos en esa ciudad tan imponente.

Entre la multitud que llegaba, se fotografiaba, brindaban entrevistas o presumían su prestigio antes de entrar al salón del evento, pude ver a cientos de mujeres hermosas, con unos cuerpazos y unos culos de puta madre. Algunas con estilos angelicales, otras más atrevidas con escotes que te dejaban poco a la imaginación.

Por un momento olvidé que estaba en medio de una alfombra roja y solo quería que llegara la hora de poder tener todos esos culos cerca en la fiesta. Quería disfrutarla al máximo nivel, así como estaba acostumbrado.

Pero tenía a Alessa como primera opción para devorarla en cuanto tuviera la más mínima oportunidad. O mejor dicho, era a quien en realidad quería para esa noche, solo que tanto su padre como los amigos que luego aparecieron complicaban la situación. De hecho, más su exnovio que el propio Rubén.

Finalmente salí de los paparazzi y me ubiqué en mi puesto de primera fila en la pasarela. Al cabo de unos minutos las luces se encendieron, provocando los aplausos de los invitados que quedaron estupefactos ante la presentación que estaban observando.

El juego de luces y la música emocionaban a todos. De pronto fueron saliendo las jovencitas de una en una modelando ropa ligera de verano. La verdad es que yo disfrutaba más de sus cuerpos que de los diseños.

Los críticos de la moda miraban y chismoseaban entre ellos sobre todo lo que recorría la pasarela hasta que salió Alessa a deslumbrarnos a todos. ¡Vaya que hermosa y sensual lucía! No se podía comparar con ninguna otra por muy guapas que fueran todas.

Es que esta niña tiene una belleza que arrolla a todo lo que esté a su paso y nunca deja de sorprender. Es un encanto indescriptible y no pude evitar emocionarme. Apenas puso un pie en la pasarela me levanté a aplaudirla.

Se veía elegante, radiante con ese toque de sensualidad que la caracteriza, a pesar que su atuendo era un tanto conservador. Pantalón y chaqueta negra que no dejaban ver demasiado, pero sus curvas siempre imponentes, sobresalían. Salió modelando unas dos veces más y cada vez mejor. Sin dudas, esa noche me dejé loco.

Al terminar la presentación enseguida la gente de protocolo nos fue guiando hasta donde se llevaría a cabo la fiesta de celebración. El momento que tanto había ansiado. No aguantaba las ganas de tener a Alessa cerca y disfrutarla aunque con disimulo.

Mientras tanto, me topé con unas amigas que tenía tiempo sin ver y de inmediato le ofrecí bebida. Había suficiente como para revolcarnos de la borrachera, me había encargado de que no faltara nada, pero no era la intención por el momento. Aunque a veces es inevitable caer en la tentación.

Una de estas chicas había sido una de mis presas en una fiesta del verano anterior. La verdad, ya ni recordaba ni su nombre ni cómo llegamos a la cama, pero lo cierto es que ella no había olvidado nada y sin rencores por no llamarla luego, se me lanzó nuevamente sin pensarlo dos veces.

-Pero qué gusto volver a verte, Álex. Sigues igual de guapo que el verano pasado... Hasta un poco más-, dijo la chica.

-¡Ohh, qué sorpresa conseguirte aquí! Guapa estás tú, querida. ¿Estuviste en la pasarela?-, fue lo que se me ocurrió decirle para que no se diera cuenta que no estaba seguro de quién era.

-¡Sí, claro! De hecho, presenté mi colección. ¿No escuchaste mi nombre?-, preguntó.

-Ehh, la verdad es que no recuerdo. Estaba distraído controlando de que esta fiesta estuviera lista a la hora, pero me alegra que hayas presentado tu colección-, respondí.

-Descuida, es entendible. ¿Estás solo aquí? No tengo problemas en acompañarte. De hecho, ya ellas se van-, dijo con respecto al resto de sus compañeras.

-Bueno, por los momentos estoy solo, pero te puedo acompañar-, le contesté.

La verdad es que tenía un cuerpo divino y no sabía nada de Alessa hasta el momento. Me podría servir de algo para pasar el rato y al principio fue así, pero entre un par de copas más esta mujer se emborrachó y comenzó a reclamarme por lo sucedido hacía un año, pero al mismo tiempo quería repetir.

Hasta me invitó a su habitación de hotel y lo pensé, pero era demasiado temprano y no había cumplido mi objetivo. Además, aumentó su intensidad y pues, no estaba para lidiar con viejos amoríos de una noche, hasta que finalmente prefirió marcharse sola. La acompañé hasta la avenida para que cogiera un taxi y se fuera a dormir.

Al regresar, el ambiente estaba de lujo. Ya había llegado la mayoría de los invitados. Me encontré a otros conocidos y estuvimos charlando un buen rato sobre negocios hasta que apareció Alessa.

Estaba en una mesa justo al lado de donde yo estaba. Me miraba de reojo mientras pasaba el rato con sus amigos entre los que estaba su exnovio. Se notaba que el chico la cortejaba. Yo solo le sonreía para intimidarla un poco y lo logré.

Alessa estaba nerviosa, no sabía qué hacer. Si hacerle caso a los cortejos de su ex o mandarlo a volar y venirse conmigo, pero para ayudarla a no estar tan incómoda me le acerqué y la cité en cinco minutos al balcón del salón. Luego de decírselo al oído, caminé hasta el lugar, donde había mesas, poca gente y oscuridad. Un ambiente mucho más tranquilo y cómodo para hablar un rato.

No se cumplieron los cinco minutos cuando ella llegó con copa en mano y dándome un abrazo.

-Aquí estoy, querido-, pronunció con voz sensual mientras se sentaba en frente de mí.

-¡Qué obediente! Pero mucho más guapa-, le dije.

-¡Gracias, qué detallista!-, respondió con una sonrisa cómplice.

-¿Interrumpí tu velada?-, pregunté.

-Más que interrumpirme, diría que me salvaste-, aseguró a carcajadas – Ya no quería estar con mis amigos. Bueno, parte de mis amigos. En realidad son los amigotes de mi exnovio. Pensé que ya no vendrían, pero pues, aquí están y no sé cómo quitármelos de encima-, aseveró Alessa.

-¡Vaya! De haberlo sabido antes no hubiera dudado en sacarte de allí apenas te vi, pero pensé que estabas a gusto-, agregué.

-Yo quiero estar contigo-, sentenció.

Palabras mágicas para inclinarme hacia ella y besarla. Lo quise hacer desde que la vi. Ella respondió con tantas ganas como yo. Sentía cómo me deseaba, hasta nos calentamos y se me pasó un poco la mano.

No pude evitar meter mis manos en medio de la abertura entre sus pechos que dejaba su delicado vestido de encaje color rosa. Rosa como sus pezones, que solo recordarlos me pone duro.

Pude tocar sus perforaciones y sentir cómo se excitaba. Respiraba más profundamente y su piel se erizaba. También, los movimientos de su lengua en mi boca eran más intensos, así que bajé mis manos por su seno, pasando por su cintura hasta llegar a su pierna y sobarla.

Me permitió meterla entre sus muslos y con su propia mano, llevó la mía hasta su humedad. No llevaba bragas y fue mucho más fácil introducir mis dedos en ella, que estaba tan cálida.

Su respiración se aceleró un poco más. Sus palpitaciones eran más fuertes a medida que la estimulaba, hasta que me tomó del cuello para acercar sus labios a mi oído y permitirme escuchar tres gemidos profundos.

¡Qué delicia! Y para que fuera aún mejor, al sacar mis dedos de ella, los llevé a su boca. Saboreó sus propios jugos, sonrió y tomó su copa nuevamente. “Es hora de regresar adentro”, pronunció y me tomó de la mano para entrar a la fiesta.

Los chicos con los que Alessa había llegado a la *after party* ya no estaban. No dejaron rastro. Ella se preocupó y se comunicó con su ex. En ningún momento de llamada pronunció palabra, pero su semblante cambió. La satisfacción que reflejaba hacía pocos minutos antes se desvaneció. Ahora estaba preocupada, tomaba sin medidas y no decía nada.

-Alessa, ¿qué tienes? Te noto preocupada-, le comenté.

-No pasa nada, pero me iré pronto. Sola-, respondió con la voz entrecortada, como si casi se quebrara a llorar.

-¿Pero por qué? ¿Ni si quiera vas a esperar a tu padre?-, pregunté.

-No, debo irme sola. No quiero ver a mi padre, no puedo-, insistió.

-Alessa, deja los rodeos y dime qué demonios pasa. ¿Qué te dijo tu exnovio?-, volví a preguntar.

-Nos vio besándonos o no sé qué más, pero mis ex nos vio allá afuera y está furioso. Me amenazó con decirle a mi padre-, reveló angustiada.

-Mira, no te preocupes. No caigas en sus chantajes. Yo mismo hablaré con ese chico-, le dije para que se tranquilizara.

-No, no lo hagas. Mañana yo misma lo haré. Por ahora, es mejor que nos vayamos a nuestras habitaciones-, me dijo Alessa y le tomé la palabra.

En el camino le pregunté por Rubén y me aseguró que ya estaba en su habitación, muy cansado. Traté de convencerla de que se quedara un rato más conmigo, pero se negó. Estaba asustada. Algo me decía que había mucho más que la amenaza del imbécil de su ex y claro que me preocupaba.

Aunque no conocía al idiota ese, era posible que nos dejara en descubierto, lo que siempre estuve evitando. Por un momento sentí que estaba todo perdido, pero no le insistí más y me fui a descansar. Ya la segunda opción de la noche la había rechazado, así que me tocaba dormir y esperar a lo que pasara al siguiente día.

No pude dormir bien pensando en cómo ahora sí Rubén podría saber que estaba follando a su hija de 20 años. Trataba de concentrarme en pensar otras cosas, incluso en masturbarme, pero nada me ayudaba.

Al final, no pegué un ojo en toda la noche, ni quise escribirle a Alessa, pues, me había pedido que la dejara descansar o no me comunicara con ella hasta que mediara. Eso de mediar fue lo que me alertó.

Al amanecer, de inmediato pedí el desayuno en la habitación y me arreglé para salir a verme con Rubén, con la certeza de que todavía no supiese nada y afortunadamente así fue.

A las 8 de la mañana en la sala de espera, mi socio me dijo que nos iríamos al mediodía, puesto a que ya había cerrado el acuerdo con los clientes que se entrevistó la noche anterior y su hija se había ido en la madrugada. Ya no teníamos nada qué hacer allí. Ni ir de paseo. Lo cual fue perfecto. También necesitaba regresar para arreglar el grave problema que se avecinaba.

CAPÍTULO III

Apenas puse un pie en Madrid, no esperé ningún aviso de Alessa y la llamé, pero no contestaba. Ni siquiera los mensajes por WhatsApp. Esperé unas horas y no aparecía. Mi preocupación aumentó, pero entonces Estela me pidió una reunión para darme los pormenores de la empresa durante mi ausencia, lo cual también me interesaba.

Por si fuera poco, Estela estaba molesta y no lo disimulaba. Su trato hacia mí era tan frío como si de un desconocido se tratase, incluso, la reunión se tornó a un laberinto sin salida. Nada concordaba y surgieron problemas de donde no los había, lo cual la hizo enfurecer más.

“Si no te hubieras ido de fiesta con una jovencita, te habrías quedado aquí organizando al pie de la letra tus verdaderos compromisos”, asestó esta mujer en medio de un ataque psicótico. Le pedí que bajara la voz y se marchara hasta que estuviera más relajada.

Es que era lo que me faltaba. Una escena de celos de mi asistente, ex-amante.

Desde hacía mucho tiempo atrás lo mío con Estela había terminado, y de hecho, ella tenía una relación o eso es lo que me había hecho creer, pero ahora estaba celosa de Alessa.

Aunque se lo negara, insistió y de algún modo se dio cuenta que tenía un amorío con ella, y no le agradaba en lo más mínimo. De hecho, a partir de ese día se dedicó a tratar de convencerme de que dejara eso de un lado y lo intentara con ella. Mil complicaciones a la vuelta de la esquina.

Esa fue la primera sorpresa con la que me conseguí justo al regreso. Más tarde, al fin pude hablar con Alessa y fue para peor. Me devolvió la llamada para anunciarme que había vuelto con su ex y que ya no me quería ver.

Eso me dolió, pero ya estaba tan harto de la situación, que se lo acepté. “Si es lo mejor para ti, no tengo problemas con ello. Suerte, niña. Cuando quieras, estaré disponible para ti”, fue lo que alcancé a decirle antes de me colgara el móvil.

En el momento sentí que fue lo mejor para salir del paso, pero luego, meditando en mi cama me di cuenta que debí preguntarle por qué había cambiado de parecer de un día para otro y jamás me dijo qué sucedió con las amenazas de su amorcito, pero al mismo tiempo me convencía de que sí era lo mejor. Tenía que salir de esa encrucijada en la que yo mismo me había metido. Pero no fue así del todo.

Los días pasaban y yo no me podía olvidar de esa chiquilla peligrosa. Más que deseo, comenzaba a extrañarla. Esa picardía y complicidad que había vuelto a tener en mi vida se había esfumado de la noche a la mañana y la necesitaba. Pero era consciente de que en algún momento tenía que acabarse con ella, solo que por algunas noches no lo quería aceptar.

Por un lado quería aceptar que sentía algo más por ella, pero por otro me lo trataba de negar, pues, ya estaba lo suficientemente acostumbrado a mi vida de trabajo e ir de falda en falda, que esto aunque diferente, se me hacía fastidioso. Me sentía complicado, pero sin estarlo, porque Alessa se había salido de mi vida.

A veces trataba de comunicarme con ella, pero era en vano. Su teléfono estaba fuera de servicio, ni siquiera se aparecía por la oficina para ver a su padre como a veces lo hacía y Rubén, tampoco me la nombró más por largo rato.

Por mi parte, no me atrevía a preguntarle por ella hasta que en un día común y corriente en mi despacho, se sentó un rato para pedirme un consejo que no le pude dar.

-Álex, estoy preocupado. Alessa se quiere casar-, me dijo en un tono angustiado que jamás le había escuchado.

-¡Hombre, pero si solo tiene 20 años!-, respondí impresionado, luego de unos segundos de silencio.

-¿Te impresionaste? Pues, imagínate yo que soy su padre y quiero lo mejor de lo mejor para ella-, comentó.

-Te entiendo, pero a la vez no sé qué decirte, Rubén-, agregué disimulando que me había caído como piedra en el estómago la noticia que me estaba dando.

-Sí, es comprensible. Todavía no tienes hijos, o una hija que a los 20 años ya se quiera casar con un chiquillo bueno para nada-, agregó.

-¿Y es con este chaval al que fue a la fiesta en Barcelona?- pregunté para asegurar y conseguir más información.

-Sí, con ese mismo. Un tío que conoció este mismo año y no han hecho más que terminar y volver, terminar y volver. Son un desastre-, seguía revelando Rubén.

-Pero bueno, también sé cómo es ella. Quizás y en unos días se le pasa la idea-, sentenció.

-Esperemos-, dije al final, esperando a que sí se olvidara de esa estúpida idea.

Ahora menos que nunca podía quedarme tranquilo o de brazos cruzados. No

podía permitir que se casara con un cretino y todos los recuerdos se me vinieron a la mente. Las noches de pasión, los pequeños momentos en los que apenas teníamos tiempo para besarnos o dar una follada rápida, hasta todo lo que nos faltó.

Y era ahí cuando me sentía imbécil, por no saber aprovechar más esos momentos o no arriesgarme, sin importar lo que pudiera ocurrir. Después de todo, sí me gustaba de verdad, pero apenas lo venía a aceptar.

Me preguntaba una y otra vez el por qué no fui más honesto conmigo mismo, con ella y con Rubén. Debí ser valiente y asumir lo que ocurría entre nosotros. No solo se trataba de follar.

Esa niña me encantaba en todos los aspectos y aunque no me veía en un altar con ella, sí que la quería conmigo, en mi vida, en mis días. Era lo que siempre estuve buscando y no encontraba, pero me estaba dando cuenta, quizás, demasiado tarde.

Después de salir de la oficina ese día no me fui a casa como casi siempre, preferí llegar al bar de la esquina para tomar unos tragos y pensar qué haría al respecto. Sentado en la barra más tranquilo se me ocurrió llamarla y nuevamente no obtuve respuesta, así que le envié un mensaje.

Álex: ¡Hola, Alessa! Tiempo sin saber de ti, espero estés muy bien.

Alessa: ¡Hola, Álex! Estoy muy bien. Muy ocupada con mi carrera como modelo. ¡Saludos!

Álex: ¡Enhorabuena! Me alegro mucho que ya estés logrando tus metas. Espero verte pronto.

Alessa: ¡Gracias!... No creo que eso sea posible.

Álex: ¿Y eso por qué?

Alessa: Porque pronto me voy del país. Con mi novio.

Álex: Vale, entonces que te vaya de lujo, niña.

Esta chiquilla me lanzó una bofetada con esas respuestas. Quedaba claro que ya no debía insistir más, aunque tuviera mis dotes de buen conquistador.

Quizás podía tentarla a una última noche de pasión, pero estaba claro que sería complicado, así que por ahora la dejaría tranquila. Sin embargo, también estaba claro que me habría gustado conseguir algo más, pero no quería insistir en algo que ya no le veía ni pies ni cabeza. No me convenía.

Entre una copa y otra pasaban los minutos y de pronto llegó Estela al sitio. Sé que le gustaba, así que no me pareció una sorpresa, ni mucho menos que me estaba persiguiendo, como lo venía haciendo últimamente, así que le hice unas señas para que me acompañara por el rato que me quedaría allí. Ese día se había vestido bastante provocativa, ¿por qué no aprovechar de darle unos vistazos de más? Eso fue lo que pensé apenas se me acercó junto a la barra.

Es que de hecho, era muy guapa y atractiva, también muy buena amante. Bastante experimentada, ni hablar como asistente, no me podía quejar, su único problema es que esperaba más que unos polvos conmigo, cosa que yo no estaba dispuesto a ofrecerle.

Pero esa noche hubo una excepción. La situación me empujó un poco y aunque fui muy sincero, ella igual cedió y terminamos revolcándonos en su casa, como noches anteriores. Estuvo increíble, no me podía quejar, hasta que hizo de las suyas.

En el momento que me metí a la ducha, mi móvil sonó y ella lo tomó sin siquiera pedirme autorización. Resulta que Alessa me llamó y Estela contestó. La chiquilla era joven, pero no tonta, pues, que una mujer respondiera mi teléfono a altas horas de la noche no podía significar otra cosa más que estaba follando.

Mi pareja de la noche era mucho más astuta y aprovechó la oportunidad para lograr su cometido y hacerle creer a Alessa que era mi novia, para terminar de confundir la situación.

Apenas escuché la pelea desde la ducha, inmediatamente salí para ver qué pasaba y encontré a Estela en plena discusión, la cual terminó cuando le pedí el teléfono.

-A ver, ¿por qué rayos contestaste la llamada, Estela?-, pregunté furioso.

-Porque te estabas bañando y pensé que era algo urgente-, respondió sin pensarlo mucho.

-Entiendo, pero debiste dar menos detalles y pedir que me llamara más tarde o que luego le devolvería la llamada. Escuché perfectamente lo que dijiste-, refuté.

-Es que ya basta de ese jueguito con la hija de tu jefe. Esa niña te va a meter en graves problemas, ya te lo advertí-, alegó ella.

-Eso es mi problema, Estela, también te lo dije antes. No sé a qué juegas. No es que solo quieres alejarme de ella, es que te empeñas en que esté contigo y hacerle creer al resto que andamos, eso es lo que más me molesta-, le aclaré.

-Yo solo te quiero ayudar-, insistió y rompió en llanto.

Entendía que el hecho de saber que sí me podía meter en problemas por lo que tuve o tenía con Alessa era algo que Estela quería evitar y meterse por el medio era propicio, además, ella quería intentarlo, pero yo no.

Ya estaba hartado, entonces sin compadecerme antes sus lágrimas, me vestí y me fui lo más rápido que pude. También le pedí que olvidáramos lo que pasó por el bien de ambos, incluso, más por ella que por mí.

Lo siguiente fue llamar nuevamente a Alessa y ahora sí me respondió al instante.

-Alessa, ¿qué sucede? Ahora si soy yo, Álex. Háblame-, pronuncié apenas contestó.

-Álex, te estaba llamando porque necesitaba hablar contigo de urgencia, pero ya me dijeron que estás ocupado. Disculpa-, dijo con una voz de desconsolada nada normal.

-No, niña. Descuida, ya voy camino a mi casa. Dime lo que quieras-, insistí.

-Bueno, yo estoy en la puerta de tu casa-, dijo.

-¡Joder! Espérame allí, ¿vale?-, le dije.

Aceleré y en menos de cinco minutos ya estaba aparcando el coche en las afueras de mi casa. Allí estaba Alessa en su coche esperándome. Me bajé volando y corrí hasta ella. Estaba afligida. La abracé e hice pasar.

-No estaré mucho tiempo aquí-, me dijo. –Solo vine a decirte que me he alejado de ti todo este tiempo porque mi novio continuó con sus amenazas de contarle lo nuestro a mi padre y otras cosas de mí que no sabes ni vienen al caso, pero que a mi padre si lo decepcionarían más-, agregé.

-Alessa, lo que haya pasado entre nosotros y lo que sea que hayas hecho no es tan grave como dejarte manipular de esa forma. No puedes estar con alguien que te está haciendo daño-, le respondí.

-Es que tú no te imaginas. Siempre he sido los ojos de mi padre y lo he defraudado un montón de veces. Ya no quiero hacerlo de nuevo y menos con las cosas más graves que he hecho-, insistió.

-Te repito, nada es peor que dejarte manipular. Conozco a Rubén desde hace muchos años, sé que preferiría que le dijeras la verdad antes que casarte con un imbécil como tu novio-, le revelé.

-¿Cómo sabes que me voy a casar?- preguntó asombrada.

-El mismo Rubén me lo confesó hoy, preocupado-, le comenté y comenzó a llorar sin consuelo.

-Yo no me quiero casar, Álex. Con él no, pero no sé qué hacer-, pronunciaba entre el llanto.

-Niña, no tienes que hacerlo. No entiendo cómo puedes dejar que tu noviecito te haga esto sabiendo lo estúpido que es, ¡por favor! Mándalo al demonio y que diga lo que quiera-, dije, mientras la abrazaba.

-¿Y qué hay de ti? ¿Estás dispuesto a correr el riesgo de romper la relación con mi padre? Porque eso sí no te lo perdonará así de fácil-, argumentó sabiamente.

-Estoy dispuesto a correr el riesgo. No puedo permitir que seas esclava de algo en lo que yo también tengo responsabilidad-, respondí con seguridad.

-Ay, Álex. Esas son las cosas que me vuelven loca por ti-, me dijo y me besó. – Sin embargo, también sé que estás con Estela, la secretaria esa y quién sabe con cuántas mujeres más y eso no me gusta-, añadió Alessa.

-Aclaremos esto un momento. En primer lugar no tengo nada con Estela. Sí, no te niego que hoy tuvimos relaciones y que hace tiempo atrás fuimos amantes, pero no es mi pareja, tampoco tengo otras y en segundo lugar, tú y yo tampoco somos nada, así que no te tengo por qué guardar fidelidad y por último, tú sí tienes pareja, niña-, le expliqué.

-Tienes razón, pero siempre te demostré que me gustabas en serio. Yo sí quería ir en serio contigo, solo que me desanimaba ese miedo tuyo a que mi padre supiera lo que teníamos. No tenías cojones, pues-, sentenció la chiquilla. – Y bueno, ahora quiero saber si de verdad vas a estar conmigo o no-, preguntó nuevamente.

-Alessa, por ahora es mejor que termines de resolver los problemas que tienes con tu novio y luego arreglamos nuestra situación, ¿entiendes? Yo quiero, pero las cosas como son y ya deberías estar en tu casa. Mira la hora que es-, le dije.

-Ya veo que sigues sin tener cojones. Y no me mandes a casa, yo me voy de aquí. No te vine a rogar nada. Hasta nunca-, repicó Alessa y sin mediar más, se fue.

Sabía que era una manera de chantajearme, pero me preocupaba que realmente arreglara el problema con el cretino de su novio. No sabía qué hacer. Ahora menos que nunca me respondía nada y realmente estaba dispuesto a afrontar todo lo que tuviera que hacer para asumir una relación con ella, pero cómo complicaba las cosas esta mujer.

Deje de insistir por esa noche y esperé al otro día a ver cómo fluían los acontecimientos. De hecho, esperé una semana más para hablar de nuevo con Alessa. Sabía que necesitaba espacio para que tomara una decisión concreta, esperando que fuera la mejor para su bienestar.

Mientras tanto, el trabajo en la empresa era muy próspero y casi no me daba tiempo de hablar con mi socio para enterarme de más cosas con respecto al posible casamiento de su hija. De igual forma, la intensidad de Estela se mantenía.

Ahora estaba furiosa conmigo y mezclaba nuestras relaciones interpersonales con el trabajo. Estaba como en una especie de rebeldía. No me llevaba los informes ni los documentos que debía firmar a tiempo, en fin, me hacía la vida imposible.

-Estoy pensando en renunciar. Se me hace difícil trabajar contigo-, me dijo de pronto.

-¡¿Qué?! ¿Acaso estás loca, Estela?-, le pregunté irónicamente, me parecía un total chantaje.

-No estoy loca. No quiero trabajar más contigo. Por más que quiera llevar la fiesta en paz, me tratas tan indiferente que me fastidia, pareciera que no quisiera ni que te hablara-, refutó Estela.

-Querida, no sé de qué me hablas. Te he tratado igual que siempre. La que llega molesta a la oficina sin razones ni motivos eres tú. La que siempre llega peleando por todo eres tú. Me tratas con rencor y aun así no te digo nada y encima me vienes a acusar en mi cara de que te trato mal. No sé qué tienes, Estela. La verdad-, le dije un poco alterado.

-¿Te fijas? Te alteraste porque te he dicho la verdad y así no quiero seguir-, insistió.

-Bueno, te adelantaré las vacaciones la próxima semana para que medites sobre lo que me acabas de decir y no se diga más. Debo salir ahora mismo a una reunión-, le dije y salí de inmediato de la oficina, sin dejarle tiempo a reaccionar. Esta mujer me estaba volviendo loco, pero de la desesperación.

En ese momento revisé el móvil y tenía mensajes de Alessa en los que me aseguraba que no había marcha atrás, lo mejor era casarse con su novio porque estaba loco de atar. Se la había llevado a Barcelona engañada y resulta que la había secuestrado. No la dejaba salir y no sabía qué hacer, pero lo mejor era que no dijera nada.

No entendía qué sucedía, pero ya todo pintaba de mal a peor. No sabía exactamente qué cosas tan graves pudo haber hecho esta niña para temerle tanto al noviecito que tenía, pero sí tenía que hacer algo de inmediato porque lo del secuestro era algo más que delicado.

A todas estas, llamé a Rubén con la excusa de reunirnos para hablar sobre una nueva campaña publicitaria y promociones, cuento que se creyó completito. Por supuesto, aproveché para preguntarle sobre su hija y efectivamente, me confirmó que se había ido de viajes con su ahora prometido.

“Por cierto, tengo dos días sin hablar con ella. He estado tan ocupado que no me ha dado tiempo de llamarla y ella tampoco lo ha hecho. Ha de estar muy entretenida”, me dijo y cambió el tema rápido.

Pero ya tenía alguna pista. Efectivamente, Alessa estaba incomunicada y secuestrada, tal y como me lo había dicho unos minutos antes. Me preocupaba en exceso y no sabía qué hacer, pero tenía que moverme de inmediato porque lo más probable es que corría peligro con ese patán.

No me quedó de otra que hablar con Estela nuevamente para pedirle que se encargara de la oficina mientras yo viajaba por una emergencia familiar. Sin darle más explicaciones para que no husmeara ni sospechara algo, pero fue inútil.

No sé cómo pero apenas llegando al aeropuerto, Estela me preguntó qué haría en Barcelona. Por supuesto, no emití respuesta alguna. Debía concentrarme en contactar con Alessa a donde quiera que estuviera, pero la mayor sorpresa para mí fue que al salir del hotel donde me hospedé, mi querida asistente estaba llegando.

-¡¿Qué haces aquí Estela?! Te dejé encargada de mi trabajo en Madrid-, le dije molesto, casi gritando delante de la gente.

-Rubén me envió para aquí de urgencia-, respondió con serenidad y hasta una sonrisa irónica.

-¿A qué?-, pregunté dudoso.

-A buscar a su hija. Tiene varios días aquí y no sabe de sus existencia, pero no está demasiado preocupado, por eso me envió a mí, supongo-, respondió un poco nerviosa. No me cuadraba su historia. Mucho menos que llegara casi que al mismo tiempo que yo y al mismo hotel, habiendo millones en la ciudad.

Estaba tan molesto que la dejé allí parada. Necesitaba comunicarme de inmediato con Alessa, pero esta no respondía absolutamente nada. Se me ocurrió

preguntar si estaba hospedada allí, como la última vez, pero en la recepción no me dieron detalles, eran muy reservados al respecto.

Entonces no sabía si quedarme allí o buscarla en la calle, pero de inmediato pedí a mi chofer que me recogiera cuanto antes, mientras intentaba una vez más localizarla.

A pesar de que esperé respuesta durante un rato, el chofer fue más rápido así que me embarqué y le pedí que me llevara a otros hoteles cercanos para preguntar por ella.

A todas estas, se me hacía extraño que Rubén no me llamara para decirme algo de su hija o de los negocios. Nada me concordaba en el momento, llegué a pensar que era parte de la angustia que me embargaba.

En medio de la desesperación, finalmente tenía noticias. Alessa me envió un mensaje en el que me indicaba que estaba en el mismo hotel donde nos hospedamos el día del desfile, es decir, de donde acababa de salir, en la habitación 241 y ahora mismo estaba sola, por lo que tenía que apurarme si quería sacarla de allí antes de que fuera demasiado tarde. No podía creer que estuve tan cerca y ahora tenía que devolverme de donde no debí salir. Le pedí al chofer que acelerara sin piedad y en menos de 10 minutos llegamos.

De inmediato me dirigí a la habitación, pero en el ascensor estaba Estela y no pensaba dejarme salir. Quería llevarme a su habitación con la excusa de que necesitaba hablar de urgencia conmigo.

-Ahora no puedo, mujer. Tengo una emergencia-, le respondí.

-¿Cuál emergencia? Que yo sepa, tú aquí no estás haciendo nada importante, más que escaparte de tus responsabilidades para pasarte un buen fin de semana-, gritó molesta.

-Estela, te has vuelto loca y no estoy para contemplarte. Por favor, déjame salir. No te quiero lastimar-, le advertí. Ya me estaba haciendo perder la cordura.

-¡Dime a dónde vas!-, insistió.

-Está, bien. Te diré. Pero muy discreta. Yo sé dónde está Alessa y he venido a buscarla. Está en problemas, pero déjame saber qué sucede y luego te comunicas con Rubén. Por favor, hazme caso y ayúdame- le pedí.

Parece que fue peor decirle lo que pasaba. Estela ahora sí no midió las consecuencias y activó la alarma de emergencia del ascensor. Este se detuvo lejos del piso al que iba y de inmediato llegó un equipo de rescate a sacarnos del

mismo, para hacerme perder el tiempo.

Los oficiales, al percatarse de que realmente no sucedió nada, comenzó a interrogarnos. Le dije que por mí no hubo problemas, que hablara con Estela y me esfumé del sitio directo a las escaleras con la esperanza de llegar a tiempo, pero por fortuna conseguí otro ascensor que me llevara directo al piso donde estaba Alessa, solo que al llegar, fue demasiado tarde.

Toqué la puerta y no salió nadie. Ya se habían ido. Las llamadas y los mensajes fueron en vano. ¡Putra madre! Me sentía impotente.

La situación se me estaba escapando de las manos y estaba decidido a decirle todo a Rubén. Teníamos que salvar a su hija secuestrada, pero Estela volvió a interponerse. De pronto estaba allí en frente de mí.

-No están aquí-, pronunció mientras me miraba desafiante.

-¿Cómo lo sabes?-, pregunté confundido.

-Alessa habló conmigo-, respondió Estela.

-¿Te dijo a dónde se la llevaron? ¿Cómo está?-, insistí preocupado y a la vez con esperanza de que estuviera bien.

-Sí, ella está bien. Salió a recorrer la ciudad con su novio. No tienes nada de qué preocuparte-, me dijo muy serena.

-¿Estás segura? A mí me dijo que estaba en problemas-, le expliqué nuevamente confundido.

-Por supuesto que estoy segura. De hecho, me dijo que nos viéramos en la noche en el restaurante para cenar y mañana nos regresábamos juntas a Madrid por la tarde. Estaba un poco molesta porque su padre me mandó hasta aquí-, argumentó.

-No entiendo nada de lo que está pasando, pero alguien está mintiendo-, le dije.

-Ya te he dicho que esa tía es una inmadura que no para de meter en problemas a la gente, pero no me haces caso. Deberías volver al trabajo y dejarme todo esto a mí-, insistió, así que le dije que entonces me iría de inmediato, lo cual era mentira.

Necesitaba averiguar qué demonios pasaba en realidad, porque no me creía la historia de ninguna y ya me estaba molestando. Me planté en el restaurante para enfrentarlas a ambas.

Mientras esperaba me tomé unas copas y hablé con Rubén. Lo llamé para

preguntar cómo marchaban las cosas en la empresa y pues, comprobar si ya estaba al tanto de su hija, pero mi sorpresa fue que me preguntó por mi asistente y la supuesta reunión a la que me acompañaría.

-A ver, ¿me estás diciendo que Estela te dijo que vendría conmigo a Barcelona?-, le pregunté.

-Obviamente. Es tu asistente, ¿no?-, respondió.

-Sí, claro. Creo que escuché mal-, le mentí mientras me confundía un poco más.

-¿Qué has sabido de tu hija?-, pregunté tajante.

-Que sigue de paseo con su novio y no regresa hasta el fin de semana. Si puedes, habla con ella y dile que la quiero mucho. Está molesta conmigo porque me opuse a su relación. Ya sabes cómo son estas chiquillas de hoy en día-, me comentó triste, pero tranquilo a la vez.

Pero ahora todo comprobaba que Estela me estaba mintiendo. Sospechaba de una complicidad con el prometido de Alessa. Lo mejor fue que ya estaban llegando cuando terminé de hablar con mi socio y logré ocultarme de ellos.

Llegaron los tres. Estela comandaba a la pareja y Alessa se veía molesta, triste y obligada. Esperé a que se acomodaran bien. Estela miraba nerviosa a todos lados, como percatándose de que nadie sospechara de su situación, pero cuando les sirvieron la comida, fue el momento preciso para aparecerme en sus narices.

-¡Vaya! Pero qué sorpresa encontrármelos aquí-, les dije a los tres, quienes me miraron perplejos.

-¡Álex! ¿Qué haces aquí? Me dijiste que te ibas de inmediato-, dijo Estela más sorprendida que todos.

-Pues, lo haría, pero nada salió como esperaba-, respondí sonriendo sarcásticamente.

Ella quedó muda, el novio de Alessa no podía creer que yo estuviera allí, pero noté cuando le haló por el cabello, fue la señal para entender qué la mentirosa era Estela. Lo que me decía Alessa era verdad y tenía que sacarla lo más rápido posible de allí. Nada fácil.

-Te puedes sentar con nosotros-, dijo Alessa nerviosa, casi llorando.

-Con gusto, guapa. Los acompañaré un rato. Me da gusto que estés aquí-, le aseguré.

-Pero luego me quedaré a hacer unas cosas de chicas con Estela, así que no te

quitaríamos más tiempo para que te marches-, agregó.

-No te preocupes, no estaré mucho rato aquí. Lo que sí quiero que sepas es que tu padre está muy angustiado por ti y está a punto de llegar para hablar contigo-, le advertí a modo de presión.

Miró a su novio y este le hizo una seña. Estela me miró a mí y dijo hecha un manojo de nervios: “Pero no es necesario”.

No respondí más, solo me levanté y tomé a Alessa por un brazo y esta de inmediato se salió de la silla. Le dio un manotón a su novio y se vino conmigo.

-¡No te puedes ir con él!- le gritó el cretino ese a Alessa

-¡Si lo haré y no me importa nada!-, le respondió ella.

-Ya sabes lo que te va a pasar-, la amenazó.

-No me importa-, pronunció y me indicó que saliéramos de allí de inmediato.

Estela trató de alcanzarnos, pero le advertí que si insistía me las iba a pagar caro y se quedó en medio del hotel con un ataque de rabia. Nosotros salimos de inmediato a otro lado, lejos de esos manipuladores.

CAPÍTULO IV

Apenas salimos del hotel, Alessa se me lanzó a los brazos a llorar. Estaba molesta, llena de impotencia y todavía con miedo por las consecuencias que pudiera tener que afrontar por escapárseles tanto a su novio como a Estela, quien era cómplice de todo.

-No me importa lo que pueda pasar, solo quiero no volverlos a ver más nunca en mi vida-, gritaba Alessa en medio del llanto inconsolable.

-Tranquila, niña. Ya estas a salvo conmigo. Dentro de poco estarás en tu casa, te lo aseguro-, le dije para calmarla un poco.

-Tomás y Estela las tienen que pagar. Ellos se juntaron para hacerme daño-, aseguró.

-¿Cómo lo sabes?-, pregunté un poco sorprendido.

-Porque ellos son hermanos. Son un peligro. Sobre todo la estúpida de Estela. Está obsesionada contigo y obviamente no soporta saber que tú y yo tenemos algo, ¿sabes? Es capaz de hacer cualquier cosa para que estemos alejados-, reveló Alessa mientras íbamos de vuelta a Madrid.

-Cuéntame todo con detalles porque la verdad es que todo se me hace confuso, Alessa-, le pedí.

-Está bien. Todo comienza desde la última vez que fui a la oficina. A Estela le pareció extraño que estuviese allí y pues le conté que había ido a ver a alguien. Me vio contigo y lo entendió todo. También supuso más cosas por la obsesión que te tiene. Luego, Tomás trató de reconquistarme y al ver que yo no quería nada porque estaba contigo, se lo contó todo a su hermana y armaron un plan-, continuó explicando.

-Y todo esto pasaba a mis espaldas. Nunca debí creerle nada a Estela-, mencioné.

-No, nunca debiste confiarle nada. Pues, ella sabe todos tus movimientos y el plan era obligarme a casarme con Tomás para que a ella le quedara el camino libre contigo, porque de lo contrario, no solo le dirían a mi padre lo que tú y yo hemos hecho, sino también, que en dos oportunidades ayudé a Tomás a trasladar drogas. Ellos están metidos hasta el fondo en esos negocios. ¿Ya entiendes cuál es mi miedo a que papá se entere de todo?-, reveló mientras caía nuevamente en llanto.

Ahora entendía más la situación, sin embargo, estaba dispuesto a ayudar como

fuera a Alessa. Incluso, si yo saldría perjudicado, pero era grave lo que esos dos cretinos le estaban haciendo. Solo quería poner un pie en Madrid para actuar enseguida. No podía permitir que se salieran con la suya.

Lo bueno de todo esto es que Alessa al fin entendió que no era necesario que se casara con Tomás, pero que debía ser firme en cualquiera de las decisiones que tomara y con lo que tuviera que asumir, por mucho que no fuera de su agrado.

Pensaba y pensaba sobre el siguiente paso que daría, pero en medio de ello, tenía a esta niña de nuevo conmigo, entre mis brazos. No pude resistirme en acariciarle el rostro, que aunque cansado y con el maquillaje arruinado por las lágrimas, me gustaba.

Quería probar sus labios y no pensé dos segundos más para besarla. Ella me respondió de la misma manera, estábamos sedientos el uno del otro. “Cuánta falta me hiciste”, susurró y nos abrazamos hasta quedarnos dormidos en pleno viaje.

Al despertar, ya estábamos aterrizando. El plan era que Alessa se fuera directo a su casa para descansar y al siguiente día contarle a su padre lo que había sucedido con Estela y Tomás. Por mi parte, ella estaba más que despedida de la empresa. Al final, Rubén se enteraría de todo, así que lo mejor era enfrentarlo lo más pronto posible y antes de que esos cretinos se nos adelantaran.

La mayor sorpresa fue que Rubén estaba en el mismísimo aeropuerto esperándonos.

-¡Eres un traidor! Te metiste con lo más sagrado que tenía-, gritó en medio de la gente apenas me vio llegar junto a su hija.

-Espera, Rubén. Todo tiene una explicación-, le dije intentando calmarlo.

-No tienes que explicarme nada. Ya Estela me lo dijo todo, me hizo abrir los ojos. Fui un estúpido al confiarme de un tipo como tú-, agregó molesto.

-Entiendo que te sientas traicionado por mí, pero tenemos que hablar y no es aquí precisamente-, le insistí.

-No tengo nada qué hablar contigo. No quiero hacerlo. Lo único que quiero es que te desaparezcas de mi vista y olvídate de negocios. No seré más tu socio. Habla con mis abogados-, mencionó Rubén, tomó a Alessa por un brazo como a una niña de 9 años y desapareció.

Yo ya estaba preparado para ese tipo de reacción, solo que no imaginaba que se negaría a escucharme. Pensé que sería un poco más flexible, pero la furia que

llevaba dentro fue más fuerte que él. Sin embargo, lo mejor era esperar a que se le pasara un poco la impresión, tenía la certeza que en unos días reflexionara mejor y pudiéramos arreglar los malos entendidos.

A todas estas, me llegaron mensajes de Estela.

Estela: Prepárate para lo que te toca. Vas a desear nunca haber conocido a la zorra de Alessa.

Te vas a arrepentir de haberme engañado. Me las vas a pagar.

Álex: Estela, por favor. Deja las amenazas y compórtate como una mujer madura. Yo nunca te he engañado. Deberías olvidarte de mí y tratar de seguir con tu vida.

Por cierto, estás despedida. No serás más mi asistente.

Estela: No seré tu asistente, pero seguiré en la empresa. Rubén no permitirá que me despidas. Él se va a quedar con todo y tú quedarás sin empresa, sin dinero y sin Alessita. ¡Ja, ja, ja!

Era irreconocible esa Estela. Jamás imaginé lo loca obsesiva que podía ser. De lo único que me arrepentía era haberme metido con ella. Ya era suficiente por ese día. No le presté atención a sus amenazas y de inmediato me fui a casa. Allí me esperaba doña Angélica angustiada. Necesitaba descansar. Aunque antes de dormir me comuniqué con Alessa, quien estaba triste.

Rubén había decidido mandarla a París para que continuara con su carrera como modelo y por supuesto, alejarla lo más que pudiera de mí. Cosa que me parecía una decisión apresurada de Rubén y de la cual, probablemente se arrepentiría pronto. Lo conocía bien, pero cuán equivocado estaba.

Rubén realmente estaba demasiado dolido por lo que se había enterado, que no era ni la mitad de la verdad. Estela se encargó de inventarle una historia muy distinta a la real, por lo que más tenía que insistir en lograr que me escuchara.

-Álex, he hablado con papá y me contó todo lo que le dijo Estela. Es la mentira más grande que me han podido contar, pero él lo cree. Mucho más que a mí y está decidido a desasociarse de ti-, me dijo Alessa en una llamada que le di justo antes de salir a la empresa.

- ¿Pero va ahora a la oficina? Necesito sentarlo para que hablemos. A mí sí me tiene que creer-, respondí.

-No creo que lo haga. De hecho, envió a unos abogados para que sean mediadores. No te quiere ver la cara. Estela le dijo que me habías engañado para

acostarte conmigo, que tú estabas enredado en negocios con mafiosos y me habías metido droga para trasladarla a Barcelona, que para eso es que me estuviste buscando. Le inventó que yo todo eso se lo dije a Tomás y él trató de salvarme. Por eso me pidió matrimonio, para llevarme lejos de ti-, me explicó.

-¡Qué estupidez más grande! No entiendo cómo Rubén se puede creer semejante tontería, ¡por favor!-, insistí.

-Es lo que le he dicho, aunque asumí que tú y yo sí habíamos tenido algo. Eso le molestó mucho-, agregó.

-Lo entiendo, pero ya verás que lo haré cambiar de parecer-, le comenté.

-No lo creo, en serio está dispuesto a no hablarte más y desligarse de la empresa. De hecho, ya tiene pensado en montar una agencia de modelaje en Barcelona y dedicarse a otros negocios allá, mientras yo estudie en París. Ya no te veré más, Álex-, aseguró Alessa.

-Descuida, nada de eso pasará. O al menos no te irás-, sentenció.

Salí de inmediato a la oficina. Nada me detenía. Quería arreglar los problemas con Rubén como fuera. No podía permitir que Estela una vez más hiciera lo que le diera la gana.

Pero al llegar a la empresa, efectivamente me estaban esperando los abogados de Rubén. Querían que le vendiera mis acciones o definitivamente desligarnos, comprando yo las suyas. La idea era no seguir como socios en Maravilla, así que lo llamé al móvil, pero fue inútil.

No me quedó más que aceptar la separación, pero yo me quedé con toda la empresa. Después de que me costase tanto tener lo que ahora tenía, no lo podía perder por una mentira. Me volví a endeudar hasta los huesos, pero debía continuar con Maravilla.

Ya que no daba la cara, el siguiente paso fue buscarlo en su propia casa. Lo conseguí en horas de la noche de ese lunes y seguía molesto. Apenas y me dirigió la palabra para decirme que me olvidara suyo y de su familia.

“Maldito el día en que confié en ti”, pronunció y se marchó a su habitación. No me quedó más que dar media vuelta e irme, pero justo cuando salía por la puerta, Alessa me llamó para hablar antes de que fuera.

Estaba angustiada por los nuevos planes de su padre, pero estaba decidida a obedecerlos. Después de todo, quería vivir nuevas experiencias, pensamientos típicos de una chica de su edad con ganas de comerse al mundo, entonces

entendí que lo mejor era seguir por mi lado y dedicarme ahora a trabajar en solitario para solventar las deudas que tenía y salir adelante con Maravilla.

Llegué derrotado a casa una vez más. Me lancé en los muebles de la sala de juegos y le pedí a doña Angélica que no me sirviera comida, solo quería tomarme unos tragos y dormir. Pensaba que nada había valido la pena.

Después de todo, tenía que terminar por aceptar que lo que tuve con Alessa solo fue otro de mis amoríos de una o varias noches, pero no más que eso. Y que al fin y al cabo, ya no se daría más nada. Tenía que continuar la vida que ya me había trazado.

Pasó una semana y nuevamente no sabía nada de Alessa ni de Rubén. Nada de esa familia. Por otro lado, el nuevo rumbo que había en la empresa marchaba de lujo, pero ahora necesitaba una nueva asistente que fuera mi mano derecha en Maravilla y fue así como llegó Cristina a revolucionar mi vida.

CAPÍTULO V

En los últimos meses mi trabajo, relaciones y entorno cambiaron drásticamente. Haber conocido a Alessa, sin dudas, me hizo darme cuenta de muchas cosas. La primera es que me sentía motivado hacia el amor como nunca antes me había pasado, finalmente había perdido el temor por lo que pensara su padre en cuanto a la relación o por las amenazas de Estela y Tomás para alejarnos.

También, que ya podía ser el único responsable de mi propio negocio. Sin embargo, lo malo es que de igual forma no teníamos una relación. Nada resultó tan bien como pensé que podía ser.

Cuando finalmente las aguas se tornaron más tranquilas conocí a Cristina Vergara, una chica que se postuló para el cargo de asistente en mi oficina y quedó seleccionada. Es muy lista a pesar de tan solo tener 25 años.

Indudablemente atractiva. Su piel tan blanca como porcelana y cabello rojizo llama la atención de muchos, pero con su amabilidad y personalidad arrolladora fácilmente se ganó mi confianza para tenerla como mano derecha.

Con la partida de Estela, quien era muy buena trabajadora a pesar de todo, pensé que todo se me pondría cuesta arriba, pero dejé de echarla de menos apenas comenzó a trabajar esta nueva muchacha.

A partir de ese momento me concentré solo en trabajo. Ahora que estaba solo al mando de todo, apenas tenía tiempo de socializar y hasta la nueva agitada rutina me sirvió para no pensar tanto en Alessa, que bastante lejos y haciendo su vida en París como modelo.

Todos los días eran fuertes, ahora ofrecíamos más servicios en todo Madrid y con la aceptación que habíamos tenido en Barcelona, la reputación de Maravilla estaba por los cielos, así que no nos podíamos decaer en lo absoluto y menos ahora que Rubén y Estela se convirtieron en una fuerte competencia en el mercado, cosa que no me preocupaba demasiado, pero que no podía subestimar.

Cristian aportaba excelentes ideas y en poco tiempo nos convertimos en buenos amigos. En ocasiones, la oficina se convertía además de lugar de trabajo, en sala de confesiones. Nuestras vidas quedaron al descubierto entre reuniones, planificación y servicios.

Cristina ya conocía a Alessa y a Estela como si hubiese vivido mis propias experiencias en el tiempo. Yo conocía su difícil vida familiar y amorosa como si la hubiese acompañado en esos episodios. Nos volvimos confidentes y de vez en

cuando en amantes. Sí, era irresistible.

-Todavía tienes a Alessa en los labios-, comentó luego de terminar tendidos en la cama tras una tarde de sexo.

-Creo que imaginas demasiado-, le respondí, aunque ella tuviera un poco de razón.

-Pero no pasa nada, Álex. Solo te lo comentaba para que fueras más sincero contigo mismo. A mí no me engañas-, agregó.

-Y no es mi intención, pero tampoco quiero que eso arruine el momento-, le comenté mientras me acariciaba el cabello.

-Como quieras-, dijo y se encendió de nuevo.

Se montó encima de mí y comenzó a besarme otra vez, con tanta pasión que me virilidad respondió al instante. Mis manos fueron directo a su culo bien proporcionado. Un par de nalgadas fueron lo siguiente, me miró a los ojos y sonrió, entonces la voltee para devorarle sus abultados y deliciosos pechos.

Sentía cómo apretaba las sábanas para aguantar el placer que sentía cuando le lamía sus delicados pezones. Me gustaron los gestos que hizo y lo llevé a otro nivel. Bajé por su vientre hasta su sexo llenándola de besos. Estaba más húmeda que en el primer polvo, por lo que fue fácil mantener la estimulación.

Cada vez se calentaba más y en forma de agradecimiento tomó el mando. Se puso nuevamente encima de mí, pero esta vez un poco más abajo para tomar mi miembro y acariciarlo. La incité a probarlo y no dudó en llevarlo hasta su boca.

Mientras lo lamía de arriba hacia abajo no me quitaba la mirada. Sus ojos azules botaban algunas lágrimas y chorreaban su maquillaje. Se veía frágil y al mismo tiempo sensual. Me ponía tan duro como una roca verla así, pero más cuando se ahogaba con él. “Quiero que me folles duro”, pronunció y me convertí en una bestia.

La puse boca abajo y la levanté por las caderas para embestirla con furia. Mientras que con una mano le acariciaba las nalgas, con la otra le tomaba las muñecas para inutilizarla un poco, lo cual era lo que ella quería.

En un momento que volteo la cabeza hacia mí y sonrió con picardía me lo hizo saber, así que la tomé por el cabello también mientras chocaba mi pelvis contra sus caderas. Nos fundíamos en sexo rudo.

-Álex, quiero que me trates como a una puta-, dijo.

-Como tú quieras, preciosa-, exclamé.

-¡No! Dime perra. Así es que me gusta-, insistió.

-Ok, ahora te vas a tragar mi verga, perra- le dije y de inmediato se salió de mí para chupármelo como si fuera un caramelo.

¡Qué tía tan salvaje y deliciosa, madre mía! Tenía rato sin tener una experiencia tan atrevida y desde ese momento me dejó fascinado. Luego de hacerme otro oral, me metí dentro ella, la hice correrse y gemir como una fiera. Entonces ella me masturbó para quedarse con mis fluidos entre su pecho.

Cuánto erotismo en su pequeño cuerpo. Cristina realmente me dejó extasiado en la tarde de ese sábado, que luego se convirtió en nuestro día predilecto para relajarnos de tanto trabajo en la semana.

Pero con el pasar de los meses, el interés mutuo iba en aumento. Ya no solo era mi confidente, amante y mano derecha en la empresa indudablemente era mi pareja, así que comenzamos a salir formalmente.

Después de tanto tiempo podía decir que tenía una novia, noticia que le sorprendió y encantó a doña Angélica, mi ama de llaves y por supuesto a mis padres, quienes pensaban que toda la vida sería un fiestero mujeriego.

Lo que hace unos meses se había convertido en un infierno para mi vida, ahora tenía un rumbo mejor, tanto, que me comprometí con Cristina. Esta mujer me conquistó por completo, al punto de llegar a pensar que Alessa ya estaba enterrada en el pasado.

-Te veo muy entusiasmado, como que finalmente te olvidaste de la chiquilla hija de Rubén. ¿O me equivoco?-, preguntó doña Angélica mientras me servía el desayuno.

-Sí, eso creo. La verdad es que no me ha dado tiempo ni de pensar en ella como sí lo hacía al principio de conocer a Cristina-, le confesé.

-Pero todo puede cambiar si la llegas a ver nuevamente. Esa niña te manejaba de una manera abominable, siempre me di cuenta-, agregó doña Angélica con intenciones de ir más allá sobre el asunto.

-No sé si la vuelva a ver. Me da miedo, debo confesarlo, pero ahora que le pedí matrimonio a Cristina trataré de impedirlo lo más que pueda-, le aseguré.

-Es que no te lo había dicho, pero Alessa estuvo aquí ayer. Regresó de París y quería verte, pero no estabas aquí-, confesó Angélica.

-¡Carajos! ¿Y qué te dijo?-, le pregunté.

-Pues, no dijo nada cuando le comenté que había salido a cenar con tu novia. Simplemente se despidió amablemente-, me explicó.

-Bueno, espero que haya entendido-, sentencié mientras terminé de comer.

Saber que Alessa estaba de vuelta y me había buscado me inquietó un poco, pero estaba decidido a evitarla lo más que pudiera. Después de todo no quería arruinar lo que ya tenía consolidado, sabiendo de lo que ella era capaz.

Pero una semana después recibí una llamada suya en la que me saludó con mucho cariño y deseó suerte con mi futura esposa. Por su parte, me informó que se instalaría nuevamente en Madrid para continuar con su carrera de modelo, en la cual ya se estaba consolidando.

Ya era más reconocida en las pasarelas que por ser la hija de un multimillonario de la ciudad. Me alegré por ella y por Rubén. A pesar de todo, seguía apreciándolo como un amigo.

Precisamente ese acercamiento de su hija me hizo pensar en llamarlo para saber suyo y resolver las diferencias ahora que había pasado suficiente tiempo como para olvidar los malos ratos, pero aunque lo intenté no obtuve respuesta. Rubén seguía molesto y así seguiría por un buen rato más, de hecho, hasta empeoró.

Y es que Alessa no solo había regresado para continuar consagrando su gran sueño, venía a por mí.

Pasaron un par de semanas desde que hablamos por teléfono y como no obtuvo mayor atención de mi parte fue mucho más directa. Volvió a buscarme en casa, solo que esta vez fue más paciente y esperó a que yo llegara de la empresa.

Al entrar a mi hogar estaba Angélica en la puerta angustiada.

-Álex, Alessa te está esperando para hablar. Por más que intenté convencerla de que debía marcharse, no hizo caso-, me advirtió mi ama de llaves.

-¡Putra madre! No quería que esto sucediera, pero la enfrentaré-, le dije a doña Angélica.

-Es lo mejor, dile que de una vez por todas ya lo de ustedes quedó en el pasado-, me aconsejó.

-Así será. ¿Y dónde está?-, pregunté.

-Se instaló en el salón de juegos. La he atendido bien, descuida-, me dijo.

-Vale, la despacharé lo más pronto-, insistí y me fui hasta el salón de juegos.

Al verla me contuve de muchas emociones. Me sentí impactado como cuando la primera vez que la vi en su cumpleaños. Estaba más hermosa que nunca, pero no podía dejarme llevar por el momento.

-¡Álex, qué gusto verte de nuevo!-, pronunció emocionada al percatarse de que estaba en la puerta y enseguida fue a abrazarme.

-¡Gracias, Alessa! También me da un gustazo verte-, le respondí también con gusto. De verdad lo sentía.

-Ya que fuiste un poco frío por teléfono, decidí venir a verte en persona. Me urgía hacerlo-, explicó.

-¿A qué se debe?-, pregunté.

-A que quiero decirte que no solo vine a modelar y regresar a mi casa, vine a por ti. Quiero que seas parte de mi vida. Ya no me importan las consecuencias-, reveló con seguridad.

-Alessa, entiendo. Pero es tarde para ello, ya tengo pareja. De hecho, estoy comprometido con ella y el próximo año nos casaremos-, le dije con un poco de dolor, para ser sincero.

-Así me dijo doña Angélica, pero estoy dispuesta a luchar por ti-, insistió.

-No, Alessa. No insistas. Por tu bien, no lo hagas. No quiero lastimarte ni volver a ocasionar problemas con tu padre. Aunque a ti no te importe su reacción, no quiero que se disguste más conmigo-, le expliqué.

-Pero dime sinceramente, ¿ya no sientes nada por mí?-, preguntó mientras se me acercó lo más que pudo para terminar mirándome a los ojos.

No pude responder al instante y entonces me besó. Se conectaron los viejos recuerdos de las noches de pasión que una vez vivimos y le correspondí. Fui débil y nuevamente Alessa se salió con la suya.

-Ya veo que todavía sientes algo por mí y eso es más que suficiente-, me dijo.

-Alessa, no por favor. Es mejor que dejemos esto hasta aquí-, insistí.

-No seas cobarde otra vez. ¡Víveme, Álex!-, sentenció y se marchó convencida de que todavía seguía enamorado de ella.

Y es que así me sentí. Tenía una emoción por dentro que me invadía. Suspiré profundo y no pude evitar sonreír. Esas curvas, esos labios gruesos, su mirada intimidante y esa actitud avasallante se apoderaron de mí nuevamente y ahora, ¿qué haría con esta situación?

Todavía seguía en una nube de sentimientos cuando de pronto llegó Cristina. Fue entonces cuando desperté rápido de la fantasía.

-Amor, vine sin avisar, pero quería darte una sorpresa-, me anunció Cristina.

-¡Caramba, querida! ¿Y de qué trata?-, pregunté.

-Se trata de mi padre. Quiere asociarse contigo para montar una nueva sucursal de Maravilla-, reveló emocionada.

-¡Me parece interesante, amor!-, le confesé entusiasmado.

-¡Sí! Pero esta será fuera de Madrid. En Barcelona para ser específica-, adelantó.

-¡Magnífico! Allá tengo muchos contactos-, agregué.

-¿Entonces aceptarías irnos a vivir un tiempo en Barcelona, cariño?-, preguntó y me desconcertó.

-¿Por qué a vivir? Podemos contratar otro personal allá. Como te dije, tengo muchos contactos en esa ciudad. Además, no podemos dejar la oficina principal, ¿no crees?-, le dije.

-Pero me gustaría cambiar todo para que aquella sea la principal. Me gusta más Barcelona, recuerda que soy de allá y pues, también quería decirte que quisiera casarme y vivir allá-, dijo, para desconcertarme mucho más. No lo podía creer.

-Cristina, te estás emocionando demasiado, deberías considerar mejor la propuesta. Es hasta absurdo. No estoy de acuerdo-, le confesé.

-Álex, es que no quiero estar aquí en Madrid-, insistió.

-Me sorprendes, de verdad. ¿A qué se debe ese cambio repentino?-, pregunté. Me mataba la curiosidad.

-A que quiero estar lejos de Alessa y los problemas que pueda ocasionarnos-, confesó.

-Entiendo, pero te prometo que no pasará nada. Confía en mí, en nuestro compromiso. No tienes nada que temer-, le expliqué para que se sacara esas ideas absurdas de la cabeza.

-Confiaré en ti, pero no creas que no haré lo posible por estar lejos de aquí-, me advirtió y terminó la conversación.

Cristina no era nada tonta. Sabía que Alessa estaba de vuelta y no descansaría hasta conseguir algo conmigo. De hecho, también me lo acaba de advertir. Nuevamente se me complicaban las cosas con estas mujeres. Además, estaba

confundido.

Angélica notó mi angustia apenas se marchó Cristina y me dio una palmadita en la espalda. “Guíate por lo que te dicte tu corazón, muchacho, pero sobre todo, lo que te haga sentir feliz”, susurró y se retiró.

Alessa haría todo lo que estuviera a su alcance para que rompiera mi compromiso con Cristina, mientras que esta no se dejaría vencer así de fácil. Sin embargo, yo no tenía pensado cambiar las cosas. Quería lo mejor para los tres y lo mejor era casarme con mi prometida y terminar de olvidarme de esa niña que me complicaba la existencia, pero qué difícil era todo.

Cristina no me dejaba ni a sol ni a sombra, pero no me molestaba. En realidad ya estaba muy acostumbrado a su compañía, solo que ahora era más notorio su deseo de estar conmigo, cuando antes era defensora de su propio espacio. Por mi parte, comenzaba verle los defectos.

Me fastidiaba su manía de querer siempre tener el control, de no ser demasiado afectuosa o pensar solo en trabajar. Mientras que Alessa seguía siendo una chiquilla llena de picardía que aprovechaba pequeños instantes para hacerse presente. Bien fuera con una llamada, un mensaje o sorpresas.

Mi prometida y próximamente esposa se fue llenando de inseguridades y aunque no le daba motivos, porque a Alessa no le correspondía sus miles de invitaciones, no paraba de imaginar lo que no sucedía. La armonía que antes me transmitía, ahora se había convertido en un tóxico que fue deteriorando la relación.

Eso me decepcionaba, no quería que la relación se deteriorara así, pero tampoco aceptaba que Alessa seguía en mis pensamientos. Por más que la rechazara y me hiciera el fuerte, por dentro moría por buscarla y estar con ella. Era cuestión de ser más sincero conmigo mismo, además, ese sentimiento se volvió más fuerte cuando Alessa dejó de insistir, algo que nunca esperé que pasara.

Una noche que le pedí a Cristina que se quedara a dormir en casa para pasar un momento de pasión, esta se negó. Por algún motivo que no entendía estaba molesta y su mejor idea fue castigarme sin darme sexo, cosa que obviamente quería, pero más que eso, necesitaba su compañía.

Quería estar con ella y convencerme de que era mi mejor decisión, pero se negó rotundamente y entendí que así no podía seguir con ella. La peor parte era pensar cómo podía romper el compromiso.

Me parecía cobarde mandarlo todo al demonio de un momento a otro, pero más

lo era quedarme allí sabiendo que ya el amor estaba agonizando, así que esperé una semana más y al terminar la jornada de trabajo le pedí que se quedara para hablar al respecto. Con lágrimas en los ojos se marchó sin decir nada. Me entregó el anillo y se fue corriendo a casa.

Sentí que algo se desprendía de mí, pero a la vez estaba más aliviado. No se merecía a un cretino como yo, que todavía seguía enamorado de una niña, pero ¿qué le podía hacer? Alessa me embrujó para siempre.

CAPÍTULO VI

Aunque me habría gustado ir a por Alessa una vez haber terminado con Cristina, no lo pude hacer. Ella misma me había informado que estaba de gira con la agencia de modelos a la que pertenecía y regresaría en dos semanas, así que no quise decirle nada para que estuviera tranquila y también tener mi tiempo para reflexionar, sin dejarme dominar por las emociones. Ya tenía más de una lección aprendida.

Entre lo que ahora debía asumir era la mayor negativa por parte de Rubén para estar con su hija y la locura de Estela, que no soportaba que estuviera con Alessa. Por más que había pasado más de un año de los últimos acontecimientos, su obsesión seguía tan intacta como si apenas hubiera sucedido ayer.

Una vez que Alessa regresó la anuncié que había roto mi compromiso y enseguida me pidió que fuera a visitarla. Ahora vivía en su propio apartamento y no dependía ni de las órdenes y del dinero de Rubén. Se había independizado totalmente. Es que de hecho, había cambiado mucho. La madurez le sentó bien y a mí me encantaba aún más.

La visita no duró mucho tiempo, pues tenía asuntos que resolver en la empresa, a la que me dedicaba día y noche, pero entre lo que conversamos, quedó claro que teníamos que empezar nuevamente, como si nada hubiera pasado antes y me convenció. Era lo mejor para ambos, así que no fue de un día para otro que volvimos a construir una relación.

Comencé por cortejarla nuevamente, llevarla a la cama no me fue tan fácil como aquella noche después de su cumpleaños número 20. Ambos queríamos más que sexo y diversión, así que nuestras salidas e interacción se basaban en conocernos mejor y adaptarnos a las nuevas vidas que teníamos. Sin embargo, una noche no me pude resistir más a sus encantos y la seduje hasta tenerla nuevamente desnuda entre mis brazos.

Recorrerle a besos sus curvas, su piel perfumada, sus labios, sus pechos, era como reconectarme a un mundo en el que siempre quise vivir. Era más que disfrutarle el culo, su sexo o demostrarle que era buen amante.

Era más que esos deseos de dejarla sin aliento después de una buena embestida, era un sentimiento que nunca había experimentado. Ella me dijo que era amor y pues, debo admitir que fue muy lindo y quería seguirlo sintiendo.

Estábamos perdidamente enamorados y vivíamos días hermosos. Los miedos

finalmente habían quedado atrás y nos sentíamos listos para llevar la relación a otro nivel.

Estábamos dispuestos a vivir juntos y así lo hicimos. Prácticamente éramos como marido y mujer, pero debo admitir que Alessa quería algo más, ella quería matrimonio, así que después de seis meses de convivir en pareja un día la sorprendí con un anillo de compromiso.

-¡Es hermoso! Claro que sí acepto, Álex. Siempre estuve esperando este día-, me indicó apenas le hice la pregunta mágica.

-Me gusta que te guste y pues, nos queda planificar la boda-, le comenté.

-Y es que ya mismo comenzaré con los preparativos, como siempre lo soñé. ¡Qué emoción!-, agregó.

-Pero esto sí tenemos que hablarlo con Rubén. Sigue siendo tu padre y todavía lo considero mi amigo. Aunque la relación no depende de su aprobación o no, esto es algo que tiene que saber-, le dije a Alessa.

-Tienes razón, pero no quisiera que se opusiera-, pronunció preocupada y la abracé.

Sé cuánto adoraba Alessa a Rubén y viceversa, pero no era tan fácil de convencerlo cuando una idea no le agradaba, así que antes, decidí llamarlo una vez más a su oficina. Necesitaba ganarme de nuevo su confianza.

-¡Rubén! Qué bueno que contestas. Sé que tenemos mucho de qué hablar, necesito que me escuches, por favor-, le dije apenas contestó el móvil.

-Pues, sí. Tenemos mucho por hablar y aclarar. A las 8 de la noche estaré en el bar que está justo debajo del edificio donde ahora tengo la empresa. Te espero allí-, respondió.

-Me parece perfecto. Estaré allí puntual-, le respondí.

-Vale, ahora debo colgar. Estoy muy ocupado-, sentenció y colgó.

Aunque no fue demasiado agradable, como antes, fue receptivo. Un punto a mi favor.

A las 8 en punto nos encontramos. Después de casi dos años finalmente volvíamos a estar frente a frente. Comencé explicándole cómo sucedieron las cosas anteriormente, haciéndole saber que nunca tuve la intención de hacerle daño a su hija y que por más que evité un mal rato, todo se salió de mis posibilidades, pero que en esta nueva etapa todo marchaba de maravilla y le

anuncié la buena nueva.

Aunque entendió que ya Alessa era capaz de tomar sus propias decisiones y asumir consecuencias, se negó rotundamente a nuestro matrimonio. De hecho, dijo que no asistiría y no contáramos con él. Que nos olvidáramos suyo, era lo mejor.

Aquello me sintió en lo más profundo, pensé que sus rencores habían quedado atrás, pero no se comparó con lo que le dolió a Alessa. Por más que ella tratara de hacerlo cambiar de parecer, empeoró su relación. Ahora no quería ni cruzar media palabra con ella, ni verla más nunca. Fue como una gran decepción. Absurda y exagerada, pero así lo veía él.

Los días corrieron y finalmente llegó el más especial para nosotros. Un 5 de agosto de 2016, cuando pactaríamos ser marido y mujer. Llegué puntual a la iglesia. Estaba emocionado. Toda mi familia y hasta doña Angélica estaba presente, también los familiares y amigos de Alessa. Solo faltó Rubén, pero el templo esperaba el casamiento con ansias, las cuales aumentaron cuando pasaban las horas y Alessa no llegaba.

La preocupación era notoria y sus amigas trataban de contactarla, pero su móvil estaba fuera de peligro. Lo peor que me podía imaginar era que se arrepintiera a último momento o que haya sucumbido ante las negativas de Rubén, aunque estaba seguro de que él no habría sido capaz de tanto, por más que no deseara nuestra unión.

Pasaron dos horas y ya me estaba resignando a quedarme plantado, cuando de pronto Rubén apareció en la iglesia, ensangrentado y hecho un desastre.

-¡Está herida, está herida!-, gritaba en medio del altar-, Alessa está gravemente herida. Sufrió un accidente en el camino. Mi niña está mal, Álex-, agregó mientras rompió a llorar desconsoladamente.

-¡Putra madre, Rubén! ¿Qué sucedió?-, pregunté mientras ambos salíamos de la iglesia.

-No lo sé muy bien, solo pude llegar al sitio del accidente donde vi el coche todo destrozado y lleno de sangre-, me decía entre lágrimas.

-¿Pero lograste ver a Alessa, Rubén? ¿A dónde está ella?-, seguía preguntando desesperado.

-No la vi, solo sé que ya la estaban trasladando a una clínica cercana, pero al parecer está grave-, insistió.

-Vamos hasta allá, ¡joder!-, exclamé y enseguida marchamos a toda velocidad hasta donde aparentemente estaba.

Cuando llegamos, los médicos nos dijeron que estaba siendo intervenida quirúrgicamente, pues, había sufrido múltiples fracturas y traumatismos. El pronóstico era grave y no nos quedaba más que esperar un milagro.

Sentí que el mundo se me venía encima, pero tenía que mantenerme firme. Mientras que Rubén estaba totalmente destrozado, no tenía fuerzas de nada. Nunca lo había visto tan mal. La familia Vallejo estaba destruida con lo que estaba aconteciendo.

Yo no sabía qué pensar, parecía todo injusto. Mi madre y doña Angélica me consolaban y daban ánimos, hasta que apareció el médico para darnos la peor noticia.

“No resistió la operación, acaba de fallecer”, pronunció y quedé en shock. No tuve capacidad para reaccionar, mucho menos me daba cuenta de lo que sucedía alrededor. Así estuve por unos minutos, que parecieron horas hasta que nuevamente volví en sí.

Cuando ya estaba consciente de lo que acaba de pasar, de inmediato pedí entrar a verla.

Entré a la morgue con ganas de morir también. Era lo peor que me podía pasar en la vida, pensé. Pero la sorpresa que me llevé fue indescriptible. Cuando me la mostraron, resulta que no era Alessa, era Estela. Y no lo entendía.

-¡¿Pero qué coño es esto?! Esta no es Alessa, ella es Estela-, le dije a los médicos.

-Pues, a nosotros nos han indicado que es Alessa Vallejo, señor-, respondieron.

-Pero, ¿cómo?, ¿quién les dijo?-, pregunté confundido.

-Señor, si no es su familiar, se puede retirar o incluso informarnos de quién se trata realmente, pero es mejor que abandone la sala-, dijeron y pues, salí corriendo a informarle Rubén. Teníamos que ir a por Alessa.

Por supuesto, todos los que estaban esperando quedaron sorprendidos cuando les dije, pero nada concordaba. Así que debíamos comenzar por el punto de partida y nos dirigimos hasta el departamento de Alessa.

Cuando llegamos, no había nadie del equipo de estilistas que la ayudarían a vestirse, solo el chofer que la llevaría hasta la iglesia. Estaba atado de pies y manos y con la boca tapada. “La chica está encerrada en el baño, también atada,

apúrense”, dijo el hombre apenas le quitamos el parcho que lo tenía mudo.

Enseguida corrí hasta donde me dijo y allí estaba Alessa. Golpeada, maniatada y desmayada, pero al despertar contó todo.

Estela se había metido hasta su casa para impedir que se apareciera en la iglesia. Luego de que la encerrara, se colocó el vestido de novia y se dirigió hasta el altar, pero por conducir a máxima velocidad sufrió el accidente donde perdió la vida.

Sus deseos de impedir nuestra felicidad terminó cobrándole caro. Fue lamentable, pero afortunadamente nosotros pudimos posponer todo nuevamente y lo mejor, ahora teníamos la bendición de Rubén, quien luego, sí nos acompañó.

La boda fue todo un éxito, fue el día más feliz de nuestras vidas. Alessa estaba más que hermosa que nunca y finalmente yo me sentía contento de haber encontrado al amor de mi vida y concretar un matrimonio.

Lo que nunca había pensado que sucedería. Siempre fui un fiestero por naturaleza al que nada lo haría cambiar de vida, ni siquiera la responsabilidad de ser un exitoso empresario, pero descubrí que el amor te puede cambiar y en mi fortuna, para mejor.

La luna de miel la disfrutamos en un crucero por El Caribe y un viaje por México, pero más que pasear por sitios hermosos, mi goce fue de volver a tener a esa chiquilla conmigo. Ahora la tengo para siempre.

Lo que comenzó en encuentros sexuales de un amor prohibido, terminó como la mejor historia de amor de nuestras vidas. No puedo pedir más. Después de todo, logré lo que nunca nadie apostó que conseguiría.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
— Comedia Erótica y Humor —

[J*did@-mente Erótica](#)

[BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario](#)
— Romance Oscuro y Erótica —

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)
— Romance Oscuro y Erótica —

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crie. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “*¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?*”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonríe con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gin-tonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me gui na el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los t os a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonríe y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.